

fundo a Dios: *Dios que es Amor*. Dios que "tanto amó al mundo que le dio su unigénito Hijo" (Jn 3, 16). Al mismo tiempo este misterio permite al hombre *comprenderse totalmente a sí mismo: hombre, en su dignidad y su vocación, como nos enseña el Concilio Vaticano II*.

3. Hoy, por consiguiente, *todos nosotros miramos a Cristo* —este Cristo— que (según la predicción del Profeta), viene a Jerusalén montado sobre un pollino, según la costumbre del lugar. Los Apóstoles han puesto sus vestidos encima, para que Jesús pudiera estar sentado. Y cuando se encontraba cerca de la bajada del Monte de los Olivos, todo el grupo de los discípulos, exultante, comenzó a *alabar a Dios a voces*, por los prodigios que había visto (cf. Lc 19, 37).

Efectivamente, en su tierra natal, Jesús había conseguido ya llegar con la Buena Nueva a mucha gente, a muchos hijos e hijas de Israel, a los ancianos y a los jóvenes, a las mujeres y a los niños. *Y enseñaba actuando: haciendo el bien. Revelaba a Dios como Padre. Lo manifestaba con las obras y la palabra. Haciendo el bien a todos, de modo particular a los pobres y a los que sufren, preparaba en sus corazoncillos el camino para la aceptación de la Palabra, aun cuando esta Palabra resultase, en un primer momento, incomprensible, como lo fue, por ejemplo, el primer anuncio de la Eucaristía; e incluso cuando esta Palabra era exigente, por ejemplo, sobre la indisolubilidad del matrimonio. Tal era y tal permanece.*

Entre las palabras pronunciadas por Jesús de Nazaret se encuentra también una dirigida a un joven, a un joven rico. A este coloquio he hecho referencia en la Carta del pasado año a los jóvenes y a las jóvenes. Es un diálogo conciso, contiene pocas palabras, pero qué denso, qué rico de contenido y qué fundamentales es.

4. Así, pues, hoy *contemplamos a Jesús de Nazaret*, que viene a Jerusalén; su llegada está acompañada con el entusiasmo de los peregrinos. "¡Hosanna al Hijo de David!" (Mt 21, 9).

Sabemos, sin embargo, que el entusiasmo será sofocado dentro de poco. Ya entonces "algunos fariseos de entre la gente le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos" (Lc 19, 39).

Qué expresiva es la respuesta de Jesús: "Os digo que, si éstos callan, gritarán las piedras" (Lc 19, 40).

Contemplamos, por lo tanto, "al que viene en nombre del Señor" (Mt 21, 9) en la perspectiva de la Semana Santa. "Mirad, subimos a Jerusalén y... el Hijo del Hombre será entregado a los gentiles, y escarnecido, e insultado, y escupido, y después de haberle azotado, le quitarán la vida..." (Lc 18, 31-33).

Así, pues, se acallarán los gritos de la muchedumbre del Domingo de Ramos. El mismo Hijo del Hombre se verá obligado al silencio de la muerte. Y la víspera del sábado, lo bajarán de la cruz, lo depositarán en un sepulcro, pondrán una piedra a la entrada del mismo y sellarán la piedra.

Sin embargo tres días más tarde *esta piedra será removida*. Y las mujeres que irán a la tumba, la encontrarán vacía. Igualmente los Apóstoles. Así, pues, esa "piedra removida" *gritará*, cuando todos callen. Gritará. Proclamará el misterio pascual de Jesucristo. Y de ella recogerán este misterio las mujeres y los apóstoles, que lo llevarán con sus labios por las calles de Jerusalén, y más adelante por los caminos del mundo de entonces. Y así, a través de las generaciones, "gritarán las piedras".

5. ¿Qué es el misterio pascual de Jesucristo? Son los acontecimientos de estos días, particularmente de los últimos días de la Semana Santa. Estos acontecimientos tienen su *dimensión humana*, como dan testimonio de ello las narraciones de la pasión del Señor en los Evangelios. Mediante estos acontecimientos el misterio

pascual *se sitúa en la historia del hombre, en la historia de la humanidad*.

Sin embargo, tales acontecimientos tienen, a la vez, su *dimensión divina*, y precisamente en ella se manifiesta el misterio.

Escribe concisamente San Pablo: "Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos" (Flp 2, 6-7).

Esta *dimensión* del misterio divino se llama *Encarnación*. El Hijo de la misma sustancia del Padre se hace hombre y, como tal, se hace siervo de Dios: Siervo de Yavé, como dice el libro de Isaías. Mediante este servicio del Hijo del hombre, la *economía divina de la salvación* llega a su ápice, a su plenitud.

Continúa hablando San Pablo en la liturgia de hoy: "Actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz" (Flp 2, 7-8).

Esta *dimensión* del misterio divino se llama *redención*. La obediencia del Hijo del hombre, la obediencia hasta la muerte de cruz compensa con creces la *desobediencia* hacia el Creador y Padre contenida en el pecado del hombre desde el principio.

Así, pues, el misterio pascual es la *única realidad divina de la Encarnación y de la redención, introducida en la historia de la humanidad*. Introducida en el corazón y en la conciencia de cada uno de nosotros. Cada uno de nosotros está presente en este misterio mediante la *herencia del pecado*, que de generación en generación conduce a la muerte. Cada uno de nosotros encuentra en ella la *fuerza para la victoria sobre el pecado*.

6. El misterio pascual de Jesucristo no se agota en el despojo de Cristo. No lo cierra la gran piedra puesta a la entrada del sepulcro tras la muerte en el Gólgota.

Al tercer día *esta piedra será removida por la potencia divina y comenzará a "gritar"*; comenzará a hablar acerca de lo que San Pablo expresa con estas palabras de la liturgia de hoy:

"Por eso Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el 'Nombre-sobre-todo-nombre'; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble —en el cielo, en la tierra, en el abismo—, y toda lengua proclame: '¡Jesucristo es Señor!', para gloria de Dios Padre" (Flp 2, 10-11).

Redención significa también exaltación.

La exaltación, es decir, la resurrección de Cristo abre una *perspectiva absolutamente nueva en la historia del hombre, en la existencia humana, sometida a la muerte a causa de la herencia del pecado*. Por encima de la muerte está la perspectiva de la vida. *La muerte forma parte de la dimensión del mundo visible: la vida está en Dios.*

El Dios de la vida nos habla con la cruz y con la resurrección de su Hijo.

Esta es la última palabra de su Revelación. *La última palabra del Evangelio. Justamente esta palabra está contenida en el misterio pascual de Jesucristo.*

7. Mediante la cruz y la resurrección, mediante el misterio pascual, Cristo dirige a cada uno de nosotros la llamada: "Sígueme".

Se dirigió al joven del Evangelio en el camino de su peregrinación mesiánica, pero entonces la verdad sobre El (sobre Cristo) no había sido aún revelada en su plenitud.

Ha de revelarse en su totalidad estos días. Ha de ser completada con su pasión, muerte y resurrección. Ha de convertirse en respuesta a los interrogantes más fun-

damentales del hombre. Ha de *convertirse en desafío de la inmortalidad*.

Precisamente en estos días, vosotros jóvenes habéis venido junto a los sepulcros de los Apóstoles. Aquí, donde Pedro y Pablo hace casi dos mil años dieron testimonio de Cristo, quien mediante la cruz ha venido a ser "el Señor, para gloria de Dios Padre".

Hemos decidido celebrar en la Iglesia la Jornada de la Juventud precisamente en este domingo.

8. Realmente *no quedaron decepcionados* los que durante la entrada de Jesús en Jerusalén gritaban: "¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!".

Tampoco quedaron decepcionados... los jóvenes: "pueri hebraeorum".

El viernes por la noche todo parecía testimoniar la victoria del pecado y de la muerte.

Sin embargo, *a los tres días*, ha hablado de nuevo la "piedra removida" ("gritarán las piedras").

Y no quedaron decepcionados. Todas las expectativas del hombre, cargado con la herencia del pecado, han sido completamente superadas.

Dux vitae mortuus regnat vivus.

No quedaron decepcionados.

Y por esto celebramos en este día la Jornada de la Juventud.

En efecto, este día está *vinculado a la esperanza que no decepciona* (cf. Rom 5, 5). Las generaciones que siempre se renuevan necesitan esta esperanza. La necesitan cada vez más.

No quedaron decepcionados los que gritaron: "¡Bendito el que viene en nombre del Señor!". Sí. Llega. Entró en la historia del hombre. En Jesucristo Dios entró definitivamente en la historia del hombre. Vosotros jóvenes, debéis encontrarlo los primeros. Debéis encontrarlo constantemente.

"La Jornada de la Juventud" significa precisamente esto: salir al encuentro de Dios, que entró en la historia del hombre mediante el misterio pascual de Jesucristo. Entró en ella de manera irreversible.

Y quiere encontraros antes a vosotros, jóvenes. Y a cada uno quiere decir: "Sígueme".

Sígueme. Yo soy el camino, la verdad y la vida. Amén.

LA MUERTE, SEPULTURA Y RESURRECCION DE CRISTO

HOMILIA DURANTE LA VIGILIA PASCUAL EN LA BASILICA DE SAN PEDRO

1. *O mors, ero mors tua!*

En esta noche la Iglesia regresa al lugar de la muerte y de la sepultura de Cristo.

El Viernes Santo, el día antes del sábado, su cuerpo fue bajado de la cruz y *colocado en la tumba*. Anteriormente, el soldado romano había atravesado el costado de Jesús con una lanza, para constatar si realmente había muerto. Colocaron su cuerpo con prisa en el sepulcro, porque el día de la preparación para la Pascua iba a terminar.

Hoy la Iglesia viene de nuevo a este sepulcro y ante *la tumba cerrada* del Crucificado *celebra la vigilia pascual*.

2. El hecho de velar implica un tiempo de espera.

La Iglesia viene al sepulcro de Cristo con la conciencia de la muerte que este sepulcro significa. Viene con la certeza de que Jesús de Nazaret *ha muerto realmente*. Y al mismo tiempo relee durante esta vigilia el Evangelio del alba pascual: hoy, el Evangelio según Lucas.

De este modo la vigilia de la Iglesia es la vigilia pascual. *En el curso de esta santa Noche* —gracias a Cristo crucificado y colocado en el sepulcro— *la muerte será vencida por la Muerte: mors, ero mors tua.*

3. Así dice Aquel que es nuestra Pascua.

Pascua significa "paso".

Es el paso hacia la vida a través de la muerte, como una vez, en la Antigua Alianza, Israel pasó a la vida a través de la muerte del cordero pascual.

Sin embargo, aquello fue sólo un paso hacia otra vida en esta tierra; de la esclavitud de Egipto hacia la libertad en la tierra prometida.

La Pascua de la Iglesia *significa el paso hacia la vida eterna* que viene de Dios, y es la vida en Dios.

Ninguna tierra prometida en este mundo puede asegurar tal libertad, puede asegurar una vida así...

4. Sin embargo, *la pascua de Cristo se ha cumplido en esta tierra.*

En esta tierra la muerte ha sido destruida por la muerte. En esta tierra Cristo ha sido crucificado y colocado en el sepulcro y al alba, "el día después del sábado" (es decir, el domingo), la tumba se presentó vacía.

5. *La primera causa de la muerte es el pecado.*

Todas las tumbas esparcidas sobre la faz de la tierra hablan de la muerte de las sucesivas generaciones humanas. Todas las tumbas del globo terrestre *dan testimonio del pecado, de la herencia del pecado en el hombre.*

Cristo, en el misterio pascual pasó de la muerte a la vida. Quiere decir que *destruyó en la raíz la herencia del pecado* mediante su obediencia hasta la muerte.

Así, pues, la Pascua de Cristo significa también *paso a través de la historia del pecado de la humanidad desde el comienzo: desde donde "por la desobediencia*

de un solo hombre, muchos se constituyeron en pecadores" (Rom 5, 19).

6. Por ello la Iglesia profesa: "fue crucificado, muerto y sepultado —descendió a los infiernos (descendit ad inferos)—, al tercer día resucitó".

Antes de resucitar, con su muerte tocó el pecado del hombre en todas las generaciones de cuantos han muerto. *Las visitó con el poder de su muerte*: con el poder redentor de su muerte. Con el poder vivificador de su muerte.

O mors, ero mors tua!

7. Y también nosotros que vivimos en esta tierra, nosotros que hoy participamos en la vigilia pascual, *hemos sido "inmersos en su muerte"*, como escribe San Pablo (cf. Rom 6, 3).

La muerte de Cristo, la muerte redentora, la muerte vivificante *ha destruido la herencia del pecado* que hay en cada uno de nosotros. Efectivamente, "por el bautismo nos incorporamos a Cristo" (Rom 6, 3).

Más aún: "Por el bautismo fuimos sepultados con El en la muerte, para que, así como Cristo fue despertado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva" (Rom 6, 4).

8. Con este espíritu estamos aquí reunidos. Con este espíritu participamos en la vigilia pascual junto con toda la Iglesia. Junto con todos nuestros hermanos y hermanas en la fe, dondequiera que velen esta Noche santa ante el sepulcro de la muerte y de la resurrección de Cristo.

Y con este espíritu *saludo de modo particularmente cordial a los catecúmenos*, que durante esta liturgia de la vigilia pascual recibirán el bautismo. Son treinta y nueve y provienen de Corea (es el grupo más numeroso, 15), Vietnam, Japón, Camerún, Tanzania, Zaire, Costa de Marfil, Cabo Verde, Hong Kong, Taiwan, Italia, Alemania y Francia.

Gozaremos junto con ellos porque serán tocados por el poder salvífico de la muerte de Cristo, a fin de que, "sepultados con El en la muerte, así como Cristo fue despertado de entre los muertos, así también ellos anden en una vida nueva".

9. "Fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre". Por la gloria del Padre.

Efectivamente, el Padre es Dios de los vivos, no de los muertos (cf. Mt 22, 32). El Padre es "amante de la vida".

Las mujeres que al alba van a la tumba oirán estas palabras: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado" (Lc 24, 5-6).

Ha resucitado "por la gloria del Padre".

Toda la gloria del Padre está en el Hijo, que ha resucitado: con la muerte, El ha vencido la muerte: mors, ero mors tua!

PENTECOSTES 1986: BAJO LA LUZ Y LA FUERZA DEL ESPIRITU SANTO DE ROMA PARTE PARA TODAS LAS IGLESIAS LOCALES ESPARCIDAS POR LA GEOGRAFIA DEL MUNDO UN IMPULSO A LA NUEVA EVANGELIZACION

HOMILIA DURANTE LA MISA CONCELEBRADA EN LA PLAZA DE SAN PEDRO

1. La liturgia de Pentecostés nos conduce al Cenáculo de Jerusalén. Como es sabido, la puerta de este Cenáculo en un primer momento estuvo bien cerrada. El primer día después del sábado, estando cerradas las puertas, los Apóstoles se encontraban en este lugar, santificado por la memoria de la última Cena. Y aunque ya desde el alba de aquella mañana se había difundido la noticia de la "tumba vacía", ellos continuaban teniendo miedo.

Estaban reunidos "con las puertas cerradas" y Cristo resucitado los visitó. Una vez dentro, se puso en medio de ellos y les saludó con las palabras: "Paz a vosotros". El Evangelista dice que "les mostró las manos y el costado" (cf. Jn 20, 19 ss.), con las señales y las llagas de la crucifixión.

Cuando, superada la primera impresión de miedo, los Apóstoles se llenaron de alegría al ver al Maestro, Cristo les dijo otra vez: "¡La paz sea con vosotros! Como mi Padre me envió, así os envío yo" (Jn 20, 21). Estas fueron las primeras palabras del Resucitado a sus discípulos.

"Diciendo esto —escribe el Evangelista Juan— sopló sobre ellos", ¡Cuán elocuente es este detalle! Cristo sopló sobre los Apóstoles y dijo: "Recibid el Espíritu Santo" (Jn 20, 22).

2. El acontecimiento de Pentecostés tiene pues su inicio el día de la Resurrección. Aquél que la tradición de la Iglesia llama "la inspiración salvífica" del Padre y del Hijo, el Espíritu Santo, Pneuma, se ha dado a los Apóstoles después de la Resurrección. Se puede decir que Cristo lo ha llevado al Cenáculo directamente desde la Cruz. El sopló "sobre ellos en el poder de su Muerte y de la Resurrección" y la manifestación de este Poder redentor eran los estigmas de la crucifixión en las manos, en los pies y en el costado.

Todo esto sucedió "con las puertas cerradas" en el Cenáculo, hace cincuenta días. La liturgia de la presente solemnidad que nosotros celebramos en el corazón de esta noche, concentra nuestra atención en el acontecimiento de Cristo Resucitado, que da el Espíritu. Sólo de este modo podemos comprender verdaderamente todo lo que sucedió aquella mañana de Pentecostés: cuando habían transcurrido cincuenta días desde la Pascua.

De ello habla la lectura de los Hechos de los Apóstoles. Cuenta el nacimiento de la Iglesia. La Iglesia nació en el mismo Cenáculo de Jerusalén. Nació cuando el soplo del Espíritu de Verdad impregnó el espíritu de los Apóstoles, de modo que "comenzaron a hablar en lenguas extrañas" (Act 2,

4). Pero sobre todo tuvieron dentro de sí renovado poder interior para dar testimonio de Cristo crucificado y resucitado.

Entonces la puerta del Cenáculo se abrió de par en par y los Apóstoles salieron por las calles de Jerusalén. Se pusieron en camino por el mundo, tal como Cristo les había mandado. "Recibiréis el poder del Espíritu Santo... y seréis mis testigos en Jerusalén... y hasta el extremo de la tierra" (Act 1, 8).

3. La Iglesia nació del soplo del Espíritu Santo, el Paráclito. Nació como *misión apostólica que crece "orgánicamente" de la misión del mismo Cristo*.

Las primeras palabras del Resucitado fueron: "Como me envié mi Padre así os envío yo" (Jn 20, 21). *La Iglesia es ella misma mediante esta misión*. Es ella misma y no deja de serlo, al existir "in statu missionis". Esta misión tiene su última fuente en el Padre, *se enraiza en Cristo crucificado y resucitado, se comunica con el poder del Espíritu Santo* que El mandó sobre los Apóstoles: "Recibid el Espíritu Santo" (Jn 20, 22).

4. El Concilio Vaticano II ha enseñado y puesto de relieve la verdad acerca de la salvífica participación de la Iglesia, Pueblo de Dios, en la *misión del mismo Cristo*. De Cristo-Sacerdote, de Cristo-Profeta, de Cristo-Rey.

Esta participación tiene su comienzo en el Bautismo, y continúa desarrollándose mediante todos los Sacramentos unidos en la vida de la Iglesia a la Palabra de Dios. En el centro está la Eucaristía: el Sacramento que de modo eminente hace memoria de la muerte y de la resurrección de Cristo, y por el que la Iglesia continúa naciendo más plenamente; continúa haciéndose Cuerpo de Cristo.

De este modo *volvemos continuamente* al Cenáculo, donde Cristo "so-

pla" sobre los Apóstoles. Les da el Espíritu Santo y al mismo tiempo hace de ellos la garantía del nuevo Pueblo de Dios —como un nuevo Israel— en el que se prolonga la misión mesiánica y al mismo tiempo redentora del Hijo de Dios.

"Nadie puede decir: 'Jesús es el Señor' sino en el Espíritu Santo" (1 Cor 12, 3). Nadie puede —sin la ayuda del Espíritu Santo— profesar la fe en Cristo, ni *llegar a participar en su misión*: en la Iglesia y respecto al mundo.

5. Esta verdad —la verdad fundamental de nuestra existencia cristiana— tiene particular importancia para nosotros reunidos aquí, en la plaza de San Pedro, para esta devota y solemne vigilia de oración.

Nos hemos congregado aquí para que —participando de la Eucaristía— demos testimonio de Cristo, gracias al cual está vivo en nosotros el "soplo" de Pentecostés: el soplo del Espíritu de verdad, del Consolador, por el que la Iglesia nace siempre de nuevo en los corazones de los discípulos.

Junto con este "soplo" salvífico, escuchamos continuamente las palabras dirigidas en otro tiempo a los Apóstoles: "Como el Padre me envió, así os mando yo". En nombre de estas palabras estad presentes en torno al Obispo de Roma, que es el sucesor del Apóstol Pedro en esta sede. Junto con él asumid, en cierto modo, el complejo y vario apostolado, no sólo aquél del que participan los obispos, los sacerdotes y los diáconos, sino aquél del que participan los laicos. A este apostolado los laicos han sido siempre llamados en la historia de la Iglesia: y eso sucede también en nuestros días. Incluso se hace *aún mayor* su participación, dado que la realidad del mundo contemporáneo abunda en problemas y tareas siempre nue-

vas. 6. ¡Queridísimos hermanos y hermanas!

El testimonio que ofrecemos a Cristo esta noche, celebrando nuestra fe mediante la Eucaristía, reviste un carácter de particular solemnidad. Está aquí bien representada toda la Iglesia que está en Roma; la cual —como ha puesto de relieve al comienzo de la Santa Misa el señor cardenal Vicario— está presente en todo el conjunto bien ensamblado de sus distintos componentes y de sus múltiples fuerzas comprometidas en el apostolado. El fin de este encuentro de oración —que nos ve aquí reunidos con María, Madre del Divino Amor, cuya imagen ha sido traída aquí desde su santuario— es invocar el don del Espíritu Santo sobre dos importantes iniciativas pastorales, para que tengan un éxito feliz y fecundo en frutos.

La primera es la Asamblea del Sínodo de los Obispos, que tendrá lugar en 1987 sobre el tema "Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo después del Concilio Vaticano II". Es una cita a la que nos hemos de preparar adecuadamente.

La segunda es el Sínodo pastoral de Roma. Estoy contento de dar el anuncio oficial del mismo en la solemnidad de Pentecostés, invocando la efusión del Espíritu Santo sobre dicha iniciativa. El Sínodo pastoral romano quiere ser un *servicio* a la misión de la Iglesia que está en esta ciudad; la cual —con motivo del ministerio de Pedro confiado a su obispo— desarrolla una tarea particular respecto a toda la Iglesia católica. El Sínodo tendrá sobre todo la finalidad de ayudar a revivir con profundidad el Concilio Vaticano II y actuar con coherencia sus directrices, enriqueciendo la fe y contribuyendo a renovar la sociedad de hoy. La renovación que el Sínodo pastoral de Roma infundirá a esta comunidad eclesial será también

una ayuda para prepararse al Sínodo de los Obispos.

Ambas iniciativas son importantes momentos de vida eclesial, porque, en el camino trazado por el Concilio Vaticano II, tienden a enraizar a los fieles en la íntima relación de familiaridad con Dios, dando testimonio del hombre nuevo, "de tal forma que todos los demás, al contemplar las buenas obras, glorifiquen a Dios Padre y comprendan más profundamente el sentido auténtico de la vida humana y el vínculo universal de comunión de los hombres entre sí" (Ad gentes, 11).

7. Este asumir la vida en Cristo como vocación *compromete* la existencia de todo fiel para que *presente la "Verdad"* y el "*misterio universal de salvación*" de la Iglesia, con claridad y de forma completa. Estimula a los obispos, sacerdotes y religiosos a alcanzar la medida de la plenitud del Redentor (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 2). *Conduce* a todos los creyentes a una responsabilidad activa en el servicio del designio de Dios, haciéndose generosos mensajeros y fieles instrumentos del poder transformador del Espíritu de Jesús, del que la humanidad de hoy siente profunda necesidad.

8. En esta asamblea eucarística, *participando en el sacrificio de Cristo*, deseamos renovarnos de nuevo en el Cenáculo de Jerusalén, tanto en el día de la Resurrección como en el de Pentecostés. Con nuestra presencia deseamos manifestar la realidad de las palabras de Pablo: "*Hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu*: hay diversidad de ministerios, pero uno mismo es el Señor; hay diversidad de operaciones, pero uno mismo es Dios, que obra todas las cosas en todos" (1 Cor 12, 4-6). Queremos pues manifestar que estas palabras del Apóstol de los Gentiles son una rea-

lidad en nosotros, y mediante nosotros en esta antiquísima Iglesia apostólica que se encuentra en Roma.

El último Sínodo de los Obispos ha puesto de relieve que el Concilio Vaticano II y su magisterio son una fuente particularmente viva y actual, de la que todos han de beber, para "ser Iglesia" de forma cada vez más plena; para realizar esta Iglesia cada vez más plenamente en sí mismos, y realizarse personalmente mediante la Iglesia en Cristo. Para ser, pues, cada vez más auténticamente cristianos en el mundo contemporáneo dentro de la perspectiva del tercer milenio después de Cristo, sostenidos y animados por María, Salvación del Pueblo Romano.

9. En efecto, "a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad", como escribe el Apóstol (1 Cor 12, 7).

Y esta "utilidad común" este bien común se entiende según la imagen del cuerpo. "Porque así como, siendo el cuerpo uno, tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son un cuerpo único, así es también Cristo. Porque también todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu para constituir un solo cuerpo... y todos hemos bebido del mismo Espíritu" (1 Cor 12, 12-13).

Así pues, la Iglesia es en Cristo sacramento de nuestra unidad. Sacramento, es decir, el signo del Cuerpo: un solo cuerpo. Uno solo, para que todos sean vivificados en él por un solo Espíritu.

Esto deseamos profesarlo hoy, en el día de Pentecostés con particular fuerza. Aquél que es el eterno "Soplo": el Amor de Padre y del Hijo se nos ha "dado". Igual que fue dado a los Apóstoles en el Cenáculo de Jerusalén.

Se nos ha dado en forma de diversas "lenguas". En forma de diversos dones y funciones, de diversos caminos y vocaciones; en forma de múltiples sensibilidades hacia las necesidades de la Iglesia y del mundo; en forma de múltiples servicios de salvación, de muchas diversas iniciativas y programas.

Se nos ha dado para que en esta riqueza y en esta pluralidad y multiplicidad formemos, por obra del Espíritu Santo, la unidad del Cuerpo, la unidad del Sacramento, la unidad de Cristo; para que con El y por El en esta pluralidad de "lenguas" de nuestra nueva existencia, proclamemos, como los Apóstoles el día de Pentecostés, "las grandes obras de Dios" (cf. Act 2, 11).

LA EUCARISTIA, SACRAMENTO DEL CUAL VIVE LA IGLESIA

HOMILIA DURANTE LA MISA EN LA SOLEMNIDAD DEL CORPUS CHRISTI

1. "Tú eres Sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec" (Sal 109/110, 4).

Hoy la Iglesia escucha las palabras del Eterno Padre que habla al Hijo: Oráculo de Yavé a mi Señor: 'Siéntate a mi diestra'... Tu pueblo (se ofrecerá) espontáneamente en el día de tu poder" (Sal 109/110, 1. 3).

¿De qué poder habla el Padre al Hijo: ¿Qué gloria proclama con las palabras del Salmo mesiánico?

He aquí que proclama sobre todo la gloria del Unigénito, la gloria del que fue eternamente engendrado y que es siempre engendrado; El es de la misma naturaleza del Padre.

"Yo mismo te engendré como rocío antes de la aurora— dice el Salmista— (Sal 109/110, 3). (Bella metáfora, aunque imperfecta; ninguna imagen tomada del mundo de las criaturas puede reflejar la realidad de Dios, el misterio del Padre y del Hijo, el misterio de la generación que está eternamente en Dios).

2. Y sin embargo, a través de la imperfección de las metáforas humanas, la Iglesia escucha las palabras del Padre y contempla la gloria del Hijo. La gloria que El tiene eternamente en Dios-Trinidad y, al mismo tiempo la que El, como Hijo eterno, da al Padre.

El Hijo de Dios (*Verbum Patris*), el Hijo del Hombre, Sacerdote para siempre.

3. Este es el día de su poder en la historia de la creación. El día de su victoria en la historia del hombre.

El, eternamente engendrado por el Padre y de la misma sustancia del Padre, sube al Padre, entra en su gloria como Redentor del mundo. Y el Padre le dice: "Siéntate a mi derecha" (Sal 109/110, 1).

De este modo ensalza al que le es igual (igual al Padre): pero que como verdadero hombre "se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte" (Flp 2, 8).

Y precisamente por esta muerte El ha alcanzado la victoria: la victoria sobre la muerte del cuerpo y sobre la muerte del espíritu, es decir sobre el pecado.

Precisamente por esta muerte, El domina. Es el Señor en el reino de la vida.

Y el Padre le dice: "Desde Sión extenderá el poder de tu cetro, hasta que haga de tus enemigos estrado de tus pies" (cf. Sal 109/110, 2. 1).

4. El que mediante la muerte ha obtenido el dominio sobre la muerte y sobre el pecado es Sacerdote para siempre. En efecto, ha obtenido ese dominio, ofreciéndose a Sí mismo en sacrificio. Sacrificio del Cuerpo y de la Sangre. Ha triunfado mediante la cruz.

En su dominio en el reino de la vida está inscrito su sacerdocio. El que ofrece el sacrificio, sirve: cumple el servicio de Dios. Da testimonio del hecho de que todo lo creado pertenece a Dios y está sometido a Dios.

En el dominio de Cristo está ciertamente inscrito el servicio: la restitución de

todas las criaturas a Dios como Creador y Padre.

Cristo se sienta a la derecha del Padre. Cristo reina sometiendo todas las criaturas a Dios como Creador y Padre. Sometiéndolas, las restituye al que pertenece sobre todo.

Devuelve todas las criaturas y antes que nada al hombre, porque El mismo es Hijo del hombre.

En el hombre lo restituye todo, porque todo lo que ha sido creado en el mundo visible, ha sido creado para el hombre.

5. "El Señor lo ha jurado y no se arrepiente: *"Tú eres sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec"* (Sal 109/110, 4).

Cristo Sacerdote, "entró... en el santuario... por su propia sangre" (Heb 9, 12).

Instituyó la Nueva Alianza de Dios con el hombre en su Cuerpo y en su Sangre. Derramó esta Sangre en la cruz, ofreciendo su Cuerpo en la pasión y en la muerte.

No obstante El ofreció este sacrificio cruento una sola vez para siempre. Y ninguno puede repetirlo así como ninguno pudo anticiparlo.

A su vez, el día antes de Pascua, el mismo Sacrificio del Cuerpo y de la Sangre —Sacrificio de la nueva y eterna Alianza con Dios— lo consumó para la Iglesia bajo las especies del pan y del vino.

Lo instituyó como sacramento del que vive la Iglesia. Del que se alimenta la Iglesia.

De este modo Cristo se hizo Sacerdote *"según el orden de Melquisedec"*.

En efecto, Melquisedec, contemporáneo de Abraham que es el padre de nuestra fe, ofreció el sacrificio del pan y del vino: un sacrificio incruento (cf. Gén 14, 18).

Cristo, eterno Sacerdote, permanece para siempre con la Iglesia mediante el sacrificio que ha ofrecido *"según el orden de Melquisedec"*.

6. La Iglesia vive cotidianamente de este sacrificio, y de él cotidianamente se alimenta. Por obra de este sacrificio Cristo está constantemente presente en ella. Eterno Sacerdote. En efecto, no hay sacrificio sin sacerdote.

Por obra de este sacrificio, Cristo vuelve a confirmar diariamente "la nueva y eterna Alianza en su Cuerpo y en su Sangre". Diariamente e incesantemente, estando "a la derecha del Padre", somete a Dios todas las criaturas, pero especialmente a todo hombre creado a imagen de Dios.

Por obra de este sacrificio, por obra de la Eucaristía, Cristo "sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec", da testimonio de Dios que es no sólo Creador y Señor de toda la creación, sino que es, al mismo tiempo, Padre. Y el Padre alimenta y nutre a sus hijos.

Así, pues, alimenta y nutre al hombre con la comida y con la bebida de la Vida Eterna. Con el pan y el vino de la Santísima Eucaristía.

7. La Iglesia vive cotidianamente de la Eucaristía. Vive de ella siempre. Pero hoy —en este día particular— desea escuchar con especial atención las palabras que el Padre dice al Hijo (*"Oráculo de Yavé a mi Señor"*); y desea meditar las palabras del Salmo mesiánico. Meditar y contemplar su elocuencia eucarística. En efecto, ésta es la fiesta de la Eucaristía.

La Iglesia desea salir por los caminos, anunciando a todo el mundo aquello de

lo cual vive cada día.

Desea hacer ver a todos que Cristo vive en ella.

El que era, es y ha de venir (cf. Ap 1, 4).

"Cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas".

¡Cristo, Sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec!

CRUZ, CLEMENCIA Y ALEGRIA

HOMILIA DURANTE LA MISA DE INAUGURACION DEL "CENTRO ITALIANO DE SOLIDARIDAD" DE ROMA PARA LA REHABILITACION DE TOXICODPENDIENTES

Juan Pablo II inauguró en Roma la nueva sede del "Centro Italiano de Solidaridad" —la comunidad fundada por don Mario Picchi para la recuperación de los drogadictos— la tarde del sábado 21 de junio. El Santo Padre bendijo un cuadro, que representa a Pablo VI, a cuya memoria ha sido dedicado el centro, como acto de reconocimiento al Papa que hace tantos años dio la primera ayuda y alentó a seguir por este camino para combatir el flagelo de la droga. Durante la Misa, Su Santidad administró el sacramento del bautismo a cinco niños, cuatro de los cuales eran hijos de ex-drogadictos. Al final de la Misa el Papa se detuvo a saludar a los huéspedes, a las familias del centro, a los numerosos bienhechores, entre los que se hallaban personalidades del mundo político, como el Vicepresidente de la República de Bolivia, el Ministro italiano de Asuntos Exteriores, y diplomáticos de numerosos países; estaba también representado el mundo de la economía. Programas terapéuticos inspirados en el "Proyecto hombre" están naciendo también en España, Colombia, Bolivia, Perú, Chile, Ecuador y Argentina: también de estos países se hallaban presentes representaciones. Durante la Misa, el Papa pronunció la homilía que publicamos.

"El que quiera seguirme... que cargue con su cruz cada día y se venga conmigo" (Lc 9, 23).

1. Estas palabras que hemos escuchado en el Evangelio de Lucas durante esta liturgia prefestiva del XII domingo del tiempo ordinario, constituyen el motivo inspirador del mensaje que la Iglesia intenta dirigir al Pueblo de Dios, reunido en torno al altar en el signo de la fe y de la comunión fraterna.

"El que quiera seguirme...". El seguir a Cristo se caracteriza por la cruz: es el camino que ha recorrido Jesús al dejarse implicar en el problema terreno para rescatar al hombre de la antigua esclavitud y liberarlo de las instigaciones tiránicas del mal. La cruz contiene en sí el misterio del amor de Dios, que opera la salvación a través del inaudito misterio de la muerte y de la resurrección. Ya el profeta Zacarías, en la primera lectura, al presen-

tarnos la figura del "traspasado", a quien mira el pueblo con confianza, había proyectado la sombra de la cruz sobre toda la humanidad que esperaba con lágrimas "el espíritu de gracia y de clemencia" (Zac 12, 10). La cruz, pues, pero unida esencialmente a la clemencia y la alegría.

En la segunda lectura, San Pablo nos ha presentado la realización de este proyecto salvífico: "Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús" (Gál 3, 26). En el bautismo, misterio de muerte y resurrección, se celebra la Cruz, es decir el dramático, pero fecundo acontecimiento del "perdersé" para "encontrarse" (Lc 9, 24), del negarse a sí mismo para realizar un proyecto de vida según el espíritu del Evangelio, en la donación total de sí mismo, sostenido por un impulso de amor decidido y fiel. Así, llevar la cruz viene a significar el desafío valiente a las contradicciones que vive cada uno en sí mismo; la renuncia a construirse un modelo propio de vida para "seguir" a Jesús. Aquél que puede dar un sentido completo a nuestra existencia presente y futura.

En una situación como la que vivís en este Centro terapéutico, llevar la cruz significa también salir del aislamiento, de la marginación y del propio "yo" ambiguo y egoísta, para abrirse a participar de la gran familia de los redimidos, de los rescatados, de los "bautizados en Cristo", que experimentan en lo profundo de su espíritu el gozo pascal de la resurrección. ¿Y no es quizá resurrección el haber sabido lograr la victoria sobre la esclavitud de los sentidos envenenados por ese "monstruo" que es la droga? ¿No es resurrección el saberse emancipar de los límites mortificantes de una vida que se hace imposible para elevarse a la dignidad de los que "se revisten de Cristo"? (Gál 3, 27).

2. He acogido con agrado la invitación que me ha dirigido don Mario Picchi, director del Centro italiano de Solidaridad, para venir aquí a celebrar la Eucaristía con todos vosotros y para inaugurar este nuevo Centro de acogida, donde numerosas y generosas fuerzas del voluntariado están comprometidas desde hace ya algunos meses en el programa terapéutico para la rehabilitación de los tóxicodependientes.

Saludo a las autoridades presentes, que con su colaboración han hecho posible esta nueva realización benéfica, a la que tantas familias, probadas por el triste fenómeno de la droga, miran con viva esperanza. Expreso mi aprecio a los que en este Centro de caridad y de servicio sostienen moral y materialmente los esfuerzos que la comunidad cristiana de Roma hace para llevar adelante los distintos programas terapéuticos que tienen el nombre de "Proyecto-Hombre".

3. ¡Sí, el Hombre! La Iglesia no descansa mientras el hombre está amenazado en su dignidad, en su desarrollo y en la realización completa de su personalidad. Y la droga hoy constituye una amenaza muy preocupante y un drama angustioso para tantas familias afectadas en los sentimientos más queridos por este azote que siega víctimas, sobre todo entre los jóvenes ignorantes de sus fatales consecuencias.

Pablo VI, a quien habéis dedicado este nuevo centro terapéutico, tuvo palabras apasionadas sobre esta nueva plaga social: "No hay quien no vea lo sutil e insidioso de esta autosugestión. A tal propósito bastaría recordar lo que la ciencia afirma de la acción bioquímica de la droga en el organismo... Es como un golpe violento al cerebro: todas las estructuras de la vida psíquica se descompaginaban bajo el golpe de estos estímulos excep-

cionales y desordenados" (*L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 24 de diciembre, 1972, pág. 9).

Es necesario que por parte de los que son designados para cargos públicos y que ciertamente se preocupan del desarrollo físico, moral, social y espiritual de los ciudadanos, se incrementa la información sobre esta tragedia extendida en nuestra sociedad tan insegura y tan pobre moralmente, incluso dentro de su creciente bienestar material.

Es necesario predisponer todas las intervenciones oportunas y necesarias para salvaguardar a los más débiles e indefensos. Es necesario que los *mass-media*, las escuelas, los organismos humanitarios y sobre todo las familias, promuevan una acción capilar dirigida a iluminar y fortificar a las personas más frágiles y expuestas al peligro. El corazón del hombre es un fangal: hay muchas tensiones y contradicciones. Ya San Pablo las analizó en la Carta a los Romanos: "No sé lo que hago; pues no pongo por obra lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Si, pues, hago lo que no quiero, reconozco que la ley es buena. Pero entonces ya no soy yo quien obra esto, sino el pecado, que mora en mí. Pues yo sé que no hay en mí, esto es, en mi carne, cosa buena. Porque el querer el bien está en mí, pero el hacerlo, no. En efecto, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero... Queriendo hacer el bien, es el mal el que se me apega... ¡Desdichado de mí!" (Rom 7, 15-24). Pero San Pablo no se detiene en este sufrido diagnóstico, ofrece también soluciones: el secreto de la victoria en esta lucha sin cuartel está en recurrir con la fe al Redentor del hombre: "Demos gracias a Dios, que por Jesucristo nuestro Señor... me librará de este cuerpo de muerte" (Rom 7, 25). En otra situa-

ción conflictiva, San Pablo no duda en mostrarnos la solución que le ha indicado el Señor. En efecto, a él que se lamentaba por "una espina que se me ha metido en la carne", e invocaba auxilio, Jesús le respondió: "Te basta mi gracia, que en la flaqueza llega al colmo del poder" (2 Cor 12, 9).

Sí, queridos hermanos y hermanas, recurrid al auxilio que Dios no niega a quien lo invoca. Sin embargo, la gracia divina presupone y exige la colaboración de la naturaleza humana para obrar con provecho en lo íntimo de la conciencia.

4. No se hablará nunca bastante del esfuerzo generoso y cualificado de los que están comprometidos en este campo tan delicado del cuidado y de la asistencia a los tóxicodependientes. El problema de la droga no puede afrontarse sólo con el uso de fármacos, porque la toxicodencia más que enfermedad del cuerpo es enfermedad del espíritu. Aquí no se trata de sustituir un veneno más dañino con otro menos peligroso, sino de cambiar la calidad de la vida misma; tarea ésta que exige el compromiso de cada uno de vosotros, como hombres que aprecian los verdaderos valores que anidan en el corazón de toda criatura, hecha a imagen y semejanza de Dios. El "Proyecto-Hombre" que intentáis realizar en este centro quiere antes que nada ayudar al tóxicodependiente para que pueda conocer y afrontar los propios problemas en el ámbito de una experiencia comunitaria prolongada y eficaz, en la que pueda recuperarse y volver a la vida social como persona activa y finalmente libre. Este tipo de programa, nacido de la colaboración entre ex-tóxicómanos y estudiosos de disciplinas sociales y psicológicas, pone el acento en la responsabilidad personal del consumidor de

droga, porque, en último término, es él quien ha escogido el camino de tales experiencias y por eso es él quien primero debe tomar la decisión de parar, aceptando que otros le ayuden a recuperarse a sí mismo. Es él quien debe dejarse implicar en primera persona para salir de su terrible problema y hacerse protagonista responsable del propio destino. Nadie más podría echarle una mano, si él no quiere, no acepta y no escoge estrechar esa mano con toda la fuerza de quien, a punto de ahogarse, quiere ponerse a salvo.

El ambiente de vuestras comunidades terapéuticas ayuda a quien quiere realmente salir de esa desafortunada situación; en efecto, ofrece a los jóvenes la posibilidad de volver a ganar el respeto de sí mismos, el control de los propios sentimientos y de ofrecer a sí mismos, a sus seres queridos y a los que están preocupados por el bien de la sociedad, un testimonio consolador que en este campo, como en otros, la buena voluntad hace milagros.

A vosotros, animadores del "Proyecto-Hombre", que habéis escogido como expresión de caridad cristiana y de solidaridad humana este campo específico, y a todos los que directa o indirectamente están comprometi-

dos en esto por el estudio, las proposiciones de ley y otras iniciativas destinadas a vencer este fenómeno dramático, vaya mi vivo aprecio por esta dedicación efectiva a la causa del hombre, del hombre que sufre y que espera que pase junto a él el buen Samaritano y le cure las heridas con el aceite de su paciente amor y con el vino de su generosa disponibilidad (cf. Lc 10, 33 ss.).

5. Sólo así seremos verdaderamente "hijos de Dios en Jesucristo", y en Él serán abolidas todas las discriminaciones y las barreras que impiden la comprensión y la solidaridad: "No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús" (Gál 3, 28). Si estáis todos unidos en Cristo —según la exhortación de Pablo— vuestra obra en este centro no dejará de dar pronto los frutos esperados y desaparecerán los egoísmos, las marginaciones, las soledades, los conflictos y las tensiones, porque sólo Cristo podrá haceros realizar plenamente vuestro deseo y conseguir la verdadera liberación. El, que aceptando la crucifixión, resucitó a nueva vida, y esta vida la comunica a cuantos creen en Él y lo acogen con todo su amor.

PEDRO, LIBERADO DE TODO TEMOR MEDIANTE EL AMOR

HOMILIA DURANTE LA MISA CELEBRADA EN LA SOLEMNIDAD DE LOS PRINCIPIES DE LOS APOSTOLES

1. *El Señor me libró de todas mis ansias* (cf. Sal 33/34, 5).

En la solemnidad litúrgica de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, la Iglesia canta el Salmo 33. Es una ferviente invitación a la adoración de Dios, a la proclamación alegre de su gloria entre los hombres.

"Bendigo al Señor en todo momento, / su alabanza está siempre en mi boca. / *Mi alma se gloria en el Señor, / que los humildes lo escuchen y se alegren*" (Sal 33/34, 2-3).

Es como si los dos Santos Apóstoles quisieran, con estas mismas palabras, transmitir a la Iglesia que está en Roma y en todo el mundo su último mensaje: el mensaje unido al día de su muerte como mártires, que la fiesta de hoy también recuerda y renueva, cada año, en la memoria de la Iglesia y del mundo.

En el centro mismo de este mensaje se encuentran las palabras que dan testimonio del poder del Señor, del Espíritu del Señor, que supera toda debilidad humana.

"Yo consulté al Señor y me respondió, / me libró de todas mis ansias" (Sal 33/34, 5).

2. Sí. El Señor me libró de todas mis ansias. En el contexto de las lecturas de la presente liturgia, estas palabras nos llevan a pensar en ese temor mortal, que vivió Pedro, y con él toda la Iglesia de Jerusalén, cuando el Apóstol fue hecho prisionero por Herodes Agripa I "con la idea de hacerlo comparecer ante el pueblo después de la Pascua" (Act 12, 4).

Esto fue sin duda uno de los momentos críticos al comienzo mismo de la vida de la Iglesia Apostólica. Tanto más cuanto que anteriormente Herodes "había hecho decapitar a Santiago, hermano de Juan" (Act 12, 2). ¡Momento de gran prueba para Pedro y la pequeña comunidad cristiana en Jerusalén!

No era extraño, por tanto, que mientras Pedro estaba en prisión y la custodia había sido particularmente reforzada, una oración subiera por parte de la Iglesia incesantemente a Dios por él (cf. Act 12, 4-5).

Y la oración de la Iglesia fue escuchada. Pedro, conducido milagrosamente fuera de la prisión donde era custodiado por cuatro piquetes de soldados, en cierto sentido hizo suyas las palabras del Salmista: "El Señor me libró de todas mis ansias".

3. Juzgando en base al desarrollo de los acontecimientos registrados en el Evangelio, Simón Pedro no fue un hombre pusilánime, sino que demostró cierta vehemencia, como cuando sacó la espada para defender a su Maestro en Getsemaní. No obstante, tuvo también momentos de abatimiento, como son testigo de ello la noche en Getsemaní y el arresto de Jesús, cuando Pedro lo negó.

No estuvo presente en el "Vía Crucis" ni en el Calvario. Sin duda los acontecimientos del Viernes Santo provocaron humillación y miedo en el corazón de los

droga, porque, en último término, es él quien ha escogido el camino de tales experiencias y por eso es él quien primero debe tomar la decisión de parar, aceptando que otros le ayuden a recuperarse a sí mismo. Es él quien debe dejarse implicar en primera persona para salir de su terrible problema y hacerse protagonista responsable del propio destino. Nadie más podría echarle una mano, si él no quiere, no acepta y no escoge el estrechar esa mano con toda la fuerza de quien, a punto de ahogarse, quiere ponerse a salvo.

El ambiente de vuestras comunidades terapéuticas ayuda a quien quiere realmente salir de esa desafortunada situación; en efecto, ofrece a los jóvenes la posibilidad de volver a ganar el respeto de sí mismos, el control de los propios sentimientos y de ofrecer a sí mismos, a sus seres queridos y a los que están preocupados por el bien de la sociedad, un testimonio consolador que en este campo, como en otros, la buena voluntad hace milagros.

A vosotros, animadores del "Proyecto-Hombre", que habéis escogido como expresión de caridad cristiana y de solidaridad humana este campo específico, y a todos los que directa o indirectamente están comprometi-

dos en esto por el estudio, las posiciones de ley y otras iniciativas conadas a vencer este fenómeno drástico, vaya mi vivo aprecio por esta dedicación efectiva a la causa del pobre, del hombre que sufre y que espera que pase junto a él el buen maritano y le cure las heridas con aceite de su paciente amor y con vino de su generosa disponibilidad (cf. *Lc 10, 33 ss.*).

5. Sólo así seremos verdaderamente "hijos de Dios en Jesucristo" y en El serán abolidas todas las críminaciones y las barreras que impiden la comprensión y la solidaridad. "No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús" (*Gál 3, 28*). Si estáis todos unidos en Cristo —según la exhortación de Pablo— vuestra obra en el centro no dejará de dar pronto frutos esperados y desaparecer los egofismos, las marginaciones, las soledades, los conflictos y las tensiones, porque sólo Cristo podrá hacer realizar plenamente vuestro deseo y conseguir la verdadera liberación. El, que aceptando la crucifixión, nos suscitó a nueva vida, y esta vida la comunica a cuantos creen en El y lo accogen con todo su amor.

PEDRO, LIBERADO DE TODO TEMOR MEDIANTE EL AMOR

HOMILIA DURANTE LA MISA CELEBRADA EN LA SOLEMNIDAD DE LOS PRINCIPES DE LOS APOSTOLES

1. *El Señor me libró de todas mis ansias* (cf. *Sal 33/34, 5*).

En la solemnidad litúrgica de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, la Iglesia canta el *Salm 33*. Es una ferviente invitación a la adoración de Dios, a la proclamación alegre de su gloria entre los hombres.

"Bendigo al Señor en todo momento, / su alabanza está siempre en mi boca. / *Mi alma se gloria en el Señor*, / que los humildes lo escuchen y se alegren" (*Sal 33/34, 2-3*).

Es como si los dos Santos Apóstoles quisieran, con estas mismas palabras, transmitir a la Iglesia que está en Roma y en todo el mundo su último mensaje: el mensaje unido al día de su muerte como mártires, que la fiesta de hoy también recuerda y renueva, cada año, en la memoria de la Iglesia y del mundo.

En el centro mismo de este mensaje se encuentran las palabras que dan testimonio del poder del Señor, del Espíritu del Señor, que supera toda debilidad humana.

"Yo consulté al Señor y me respondió, / me libró de todas mis ansias" (*Sal 33/34, 5*).

2. Sí. El Señor me libró de todas mis ansias. En el contexto de las lecturas de la presente liturgia, estas palabras nos llevan a pensar en ese temor mortal, que vivió Pedro, y con él toda la Iglesia de Jerusalén, cuando el Apóstol fue hecho prisionero por Herodes Agripa I "con la idea de hacerlo comparecer ante el pueblo después de la Pascua" (*Act 12, 4*).

Esto fue sin duda uno de los momentos críticos al comienzo mismo de la vida de la Iglesia Apostólica. Tanto más cuanto que anteriormente Herodes "había hecho decapitar a Santiago, hermano de Juan" (*Act 12, 2*). ¡Momento de gran prueba para Pedro y la pequeña comunidad cristiana en Jerusalén!

No era extraño, por tanto, que mientras Pedro estaba en prisión y la custodia había sido particularmente reforzada, una oración subiera por parte de la Iglesia incesantemente a Dios por él (cf. *Act 12, 4-5*).

Y la oración de la Iglesia fue escuchada. Pedro, conducido milagrosamente fuera de la prisión donde era custodiado por cuatro piquetes de soldados, en cierto sentido hizo suyas las palabras del Salmista: "El Señor me libró de todas mis ansias".

3. Juzgando en base al desarrollo de los acontecimientos registrados en el Evangelio, Simón Pedro no fue un hombre pusilánime, sino que demostró cierta vehemencia, como cuando sacó la espada para defender a su Maestro en Getsemaní. No obstante, tuvo también momentos de abatimiento, como son testigo de ello la noche en Getsemaní y el arresto de Jesús, cuando Pedro lo negó.

No estuvo presente en el "Vía Crucis" ni en el Calvario. Sin duda los acontecimientos del Viernes Santo provocaron humillación y miedo en el corazón de los

Apóstoles y de Pedro. Miedo de lo que había tenido lugar y de lo que hubiese sucedido a continuación.

Es difícil describir el estado de ánimo en que vivieron los Apóstoles y después de la crucifixión de Cristo. Es cierto que el día de la resurrección consiguió un cambio radical: el Señor los libró verdaderamente de todo temor, revelándose ya la misma tarde en el Cenáculo.

El miedo que, como consecuencia de las terribles pruebas de los días pasados se metió en el corazón de Pedro, no había conseguido, sin embargo, destruir el amor a Cristo. El Señor lo había librado de todo temor, mediante el amor, bemos, no obstante, que Pedro no estaba ya tan seguro, como antes, de su amor al Redentor. A la pregunta: "¿Me amas?", respondió aludiendo a lo que el Señor Cristo sabía de su corazón (cf. Jn 21, 17). Sin embargo, Cristo conocía bien sus abatimientos, su triple negación.

4. Al continuar siguiendo el curso de los acontecimientos escritos en los hechos de los Apóstoles, podemos constatar que la liberación definitiva del temor aconteció el día de Pentecostés.

Se puede comprobar del comportamiento de todos los Apóstoles y también escuchar las palabras de Pedro dirigidas ese día a los habitantes de Jerusalén: Señor me libró de todas mis ansias".

Existe un nexo orgánico entre ese día y el de la muerte de martirio que tuvo lugar aquí en Roma. Durante ese período Pedro aparece como un hombre liberado de todo temor por el poder de Dios: por el poder del Espíritu Santo.

Este poder de Dios plasmó la misión apostólica de Pedro anunciada anteriormente y conferida a él por Cristo con las palabras: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia" (Mt 16, 18).

Este poder divino transformó a ese hombre, le hizo superar debilidades y miedos. El Señor lo libró de todo temor y lo confirmó en esa particular diaconía de caridad que es el apacentar a su rebaño.

Mi pensamiento se dirige con particular sentimiento a los queridos hermanos, el Episcopado, que recibirán —como ya es costumbre—, el Palio en esta solemnidad.

Esta insignia litúrgica además de ser expresión de jurisdicción, indica también un vínculo especial con el Sucesor de Pedro y os invita a un compromiso mayor de amor a Cristo y al prójimo. Amadísimos hermanos: Os saludo cordialmente y os animo en vuestro ministerio de conducir al hombre a Cristo, custodiando en vosotros y en esas personas confiadas a vosotros esa santidad de vida, que viene de la gracia y comunicando a todos su verdad y su amor.

Dirijo un especial saludo al nuevo Patriarca de Antioquía de los Maronitas, Su Beatitud Nasrallah Pierre Sfeir, que ha llegado a Roma con una Delegación de arzobispos y obispos, casi recorriendo las huellas de Pedro y llevando en el corazón los sufrimientos y las esperanzas de todo el Líbano.

En esta celebración estoy contento además de saludar con afecto a la Delegación enviada por el Patriarca de Constantinopla Dimitrios I y presidida por Su Eminencia el Metropolitano Crisóstomo de Mira. La tradicional visita de los representantes del Patriarcado Ecuménico en la solemnidad de los Santos Pedro y Pablo es un momento significativo del camino hacia el restablecimiento de la plenitud de la comunión entre Iglesias hermanas.

5. Dirijamos ahora nuestra atención a la figura del Apóstol Pablo, quien, como Pedro, fue transformado por el poder divino, pero de otro modo. Sin duda Saulo de Tarso fue una personalidad humana distinta de la del pescador de Galilea: él

fue primero un encarnizado enemigo del "nombre de Cristo", y después se hizo su apóstol más ferviente.

De modo distinto experimentó en sí mismo el poder del Señor. De modo distinto —completamente distinto— participó en la misma experiencia pascual, que antes habían vivido Pedro y los Apóstoles. Se podría decir que la Pascua le sobrevino a Saulo junto con Pentecostés y lo transformó inmediatamente en Pablo.

Y entonces sufrió un miedo mayor, pero éste fue un miedo "liberador". Quizá conozcamos menos estos trazos de la personalidad de Pablo, que nos permitirían determinar su maduración del temor a la valentía, como en el caso de Pedro.

No obstante, también El da un testimonio semejante al de Pedro:

"El Señor... me ayudó / y me dio fuerzas... de modo que / me libró de la boca del león. / El Señor seguirá librándome de todo mal / y me salvará..." (2 Tim 4, 17-18).

La fuente de la fuerza espiritual del Apóstol de los Gentiles, la fuente de su gran vigor es el Señor: es Cristo crucificado y resucitado, que obra mediante el Espíritu de verdad. En muchos lugares y circunstancias Pablo de Tarso da un transparente testimonio de ello.

6. La solemnidad de hoy renueva en la memoria de la Iglesia la historia espiritual de los dos Apóstoles: de Pedro y de Pablo. Hace presente el testimonio que dieron de Cristo hasta la muerte por martirio aquí en Roma, en tiempo de Nerón. En su muerte se realizaron hasta el final las palabras del Salmista: "Yo consulté al Señor y me respondió, / me libró de todas mis ansias".

El Salmista subraya, al mismo tiempo, que esta liberación salvífica, que es también una espléndida victoria sobre la debilidad humana, se comunica a los "pobres", a "los que temen a Dios", a los "pobres de espíritu" que ponen su confianza en Dios, y buscan en Él la fuerza para la victoria.

En esta victoria, en la que el hombre da testimonio del poder de Dios, al mismo tiempo Dios mismo, el mismo Espíritu Santo, da testimonio del hombre. El hombre se hace un signo vivo del poder victorioso de Dios.

De este modo, el mensaje de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo habla a la Iglesia también en nuestros días.

En efecto, la Iglesia, las personas, las comunidades, tanto los laicos como los Pastores, están constantemente sometidas a la prueba: a distintas pruebas.

De distintas maneras se intenta "atemorizar" a la Iglesia y a sus seguidores. Se puede hablar de una "geografía de la intimidación" a la Iglesia y a los hombres creyentes también en nuestro tiempo. Se puede hablar también de diversos mecanismos de intimidación que parcialmente se parecen a los de entonces, y en parte son diversos, más perfeccionados, más refinados.

El testimonio de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo en cierto sentido repite a todos y en cualquier parte, con la misma simplicidad y humildad, pero también con la misma firmeza como en los días de Nerón:

"Yo consulté al Señor / y me respondió, / me libró de todas mis ansias" (Sal 33/34, 5).

LA DOCTRINA TOMISTA SOBRE EL ALMA EN RELACION CON LOS PROBLEMAS Y CON LOS VALORES DE NUESTRO TIEMPO

DISCURSO AL CONGRESO INTERNACIONAL "DE ANIMA DOCTRINA SANCTI THOMAE DE HOMINE"

Venerados y queridos hermanos:

LA CAUSA DEL HOMBRE

1. Estoy muy contento de encontrarme con vosotros, miembros de la Sociedad "Santo Tomás de Aquino", y con todos vosotros, participantes en este Congreso internacional, organizado por dicha Sociedad, para profundizar en la doctrina Tomista sobre el alma, en relación con los problemas y con los valores de nuestro tiempo.

No puedo dejar de expresar mi complacencia por esta iniciativa, que ciertamente aportará una considerable contribución a la causa del hombre y al servicio de la Iglesia. Aprecio especialmente el intento general de vuestra Sociedad de promover e incrementar el estudio del Doctor Angélico, que en el campo de la teología sistemática y especulativa siempre ha sido objeto, por parte del Magisterio de la Iglesia, de especiales alabanzas y exhortaciones, hasta las tan conocidas indicaciones del último Concilio, en el campo específico de la formación sacerdotal (*Optatum totius*, 16).

He tenido la alegría de pertenecer a vuestra Sociedad desde su fundación, determinada en el Congreso tomista de 1974, en el cual tomé parte.

Y otro motivo que me hace sen-

tir cordialmente cerca de vosotros es el recuerdo de las palabras que dirigí a los participantes en el Congreso organizado en 1979 para conmemorar el I centenario de la gran Encíclica de León XIII, "Aeterni Patris", que dio un impulso tan fuerte al desarrollo de los estudios tomistas y, en general, al progreso y a la confirmación de la filosofía cristiana y de la formación doctrinal de los Pastores y de los fieles.

Saludo muy cordialmente a todos los congresistas, de manera especial a los actuales dirigentes de la Sociedad: al p. Damian Byrne, nuestro general de los dominicos, presidente; al p. Abelardo Lobato, director y al p. Daniel Ols, secretario.

IMAGEN DE DIOS

2. El problema del alma está vinculado a la pregunta que el hombre siempre se hace sobre el sentido profundo de su ser y sobre el principio de su vivir, de su pensar y de su obrar. En todos los tiempos el hombre es para sí mismo un gran interrogante. El hombre ha nacido para la verdad y con profunda inquietud busca la verdad sobre el hombre y la respuesta a la pregunta formulada así por San Agustín: "Quid sum ergo, Deus meus? Quae natura mea?" (*Conf.*, X, 17, 26). El hombre conoce algo de sí mismo; pero ignora mu-

cho más que desea conocer.

Hoy más que nunca son numerosas las manifestaciones de la actividad humana; lo cual suscita más que nunca el problema de determinar mejor su origen común y el criterio de su coordinación y de su valor: y esto no es otra cosa que plantearse la cuestión del alma.

Esta investigación nos coloca ante un gran misterio, y nos descubre qué desconocidos somos de nosotros mismos: "Camina, camina —decía Heráclito—, quizás jamás llegarás a alcanzar los confines del alma, por más que recorras sus senderos. Tan profundo en su 'logos'" (*Die Fragmente der Vorsokratiker*, 22B45, Berlín 1951). Y de hecho —como decía Santo Tomás (*S. Th.*, I, 3, 1, 2m; 93, 2, c.; 4, c., 1m; 6, c., 2m; I-II, prol.; I Sent., D. III, q. 3, o.; II Sent. D. XVI, q. 3, o.; D. XXXIX, q. 1, 1, 1m; *Cont. Gent.*, IV, c. 26, *De Ver.*, q. X, a. 7, c.)—, es precisamente en el alma donde se encuentra la "imagen de Dios", que hace al hombre "semejante" al Creador; y, por eso, gracias al alma existe en el hombre —creatura finita— una cierta infinitud, si no en sus propias acciones, sí en sus aspiraciones.

El conocimiento de poseer un alma tiene algo de paradójico, porque parece ser al mismo tiempo un dato casi inmediato y evidente de la experiencia interior, vital y existencial, y al mismo tiempo, como he dicho, un problema teórico muy oscuro y difícil, en el cual naufragaron —es un decir— hasta grandes pensadores.

Santo Tomás expresa muy bien esta doble y sorprendente constatación, cuando dice: "Secundum hoc scientia de anima est certissima, quod unusquisque in seipso experitur se animam habere et actus animae sibi inesse; sed cognoscere quid sit anima difficillimum est" (*De Ver.*, q. X, a. 8, 8m); y añade: "Requi-

ritur diligens et subtilis inquisitio" (*S. Th.*, I, 87, 1). Un trabajo fatigoso y arriesgado, pero no inútil, sobre todo si es realizado, como vosotros intentáis hacerlo, sirviéndoos también de las luces procedentes de la divina Revelación y del Magisterio de la Iglesia.

LA ANTROPOLOGIA

3. El programa de nuestro Congreso relaciona el gran tema del alma con la más amplia y compleja realidad del problema antropológico.

Hoy día en el mundo de la cultura es fuerte la exigencia de evitar una antropología "dualista...", que contraponen el alma y el cuerpo de una forma casi hostil. A la luz de la enseñanza bíblica, se afirma con fuerza la unidad psicofísica del ser humano. La misma exigencia está presente en Santo Tomás, y —como dije en una audiencia general de 1981 (2 de diciembre)— consiste en que él "en su antropología metafísica (y a la vez teológica) prescindió de la concepción filosófica de Platón sobre la relación entre el alma y el cuerpo, y se acercó al pensamiento de Aristóteles". En efecto, como admite Santo Tomás, el hombre en verdad padece una división interna entre la "carne" y el "espíritu". Sin embargo, según el de Aquino, esta oposición interna y dolorosa es "antinatural", porque es consecuencia del pecado; mientras que la exigencia profunda del hombre de la unidad y de la armonía entre la vida física y la espiritual es satisfecha por la vida de la gracia.

El Doctor Angélico, en su tratado "De homine, qui ex spirituali et corporali substantia componitur" (*S. Th.*, I, 75, prol.), refleja claramente las enseñanzas del Concilio Lateranense IV, que entonces estaban recientes: presentaban la naturaleza humana co-

mo intermedia entre la naturaleza puramente espiritual o angélica, y la naturaleza puramente corporal, "quasi communem ex spiritu et corpore constitutam" (Concilio Lateranense IV, c. I - *De fide catholica*, Denzinger 800). Por tanto, distinción real y esencial entre el alma y el cuerpo. El hombre para el Doctor universal es "essentia composita" (*S. Th.*, I, 76, I), "substantia composita" (*Cont. Gent.*, II, c. 68). Pero su ser es solamente uno: "Unum esse substantiae intellectualis et materiae corporalis" (*ib.*). "Unum esse formae et materiae" (*ib.*), donde el alma es "la forma" y el cuerpo, "la materia".

Efectivamente, como se sabe, con su famosa doctrina del alma espiritual como "forma sustancial" del cuerpo, Santo Tomás solucionó el arduo problema de la relación entre el alma y el cuerpo que salvase, por una parte la distinción de los componentes esenciales, y por otra la unidad del ser personal del hombre. Y es igualmente sabido que esta doctrina, y también la de la inmortalidad del alma humana, fue confirmada por dos sucesivos Concilios Ecuménicos (Lateranense IV y V), y después pasó a ser patrimonio de la fe católica. La doctrina antropológica como "la unidad del alma y del cuerpo" ha sido tomada de nuevo por el Concilio Vaticano II; por tanto, este Concilio puede encontrar en el pensamiento del Doctor Angélico un intérprete particularmente adecuado.

LA EXISTENCIA HUMANA

4. Pero la antropología tomista no se reduce a la consideración abstracta de la naturaleza humana; sino que muestra también, sobre la base de la experiencia y, sobre todo, de las enseñanzas de la Revelación, una notable sensibilidad —tan apreciada por los

modernos— hacia la condición concreta e histórica de la persona humana. —según diríamos hoy—, por su "situación existencial" de criatura herida por el pecado y redimida por la sangre de Cristo, por la originalidad y la dignidad de cada persona, por su aspecto dinámico y moral, y, finalmente, por la "fenomenología" de la existencia humana, dicho con una expresión hoy en boga. En efecto, dice Santo Tomás: "Perfectissimum autem est ipsum individuum generatum, quod in generatione humana est hypostasis, vel persona, ad cuius constitutionem ordinatur et anima et corpus" (*Cont. Gent.*, IV, c. 44).

Para comprender el aprecio que el Doctor Angélico tiene de la realidad personal, debemos tener presente su metafísica, en la que el ser, entendido como "acto de ser" (*esse ut actus*), constituye la máxima perfección. Ahora bien, la persona todavía más que la "naturaleza" y que la "esencia", mediante el acto de ser que la hace subsistir, se eleva exactamente al sumo de la perfección del ser y de la realidad, y, por lo tanto, del bien y del valor.

LA PERSONA

5. Si la doctrina de la naturaleza humana como "unidad de alma y cuerpo" explica en el Doctor universal la inteligibilidad del ser humano y de su historia, la doctrina de la persona nos orienta de una manera especial desde el punto de vista ético y de aquel que es el camino concreto del hombre en el plan de la creación y de la salvación cristiana.

Así en la antropología de Santo Tomás encontramos ampliamente satisfechas, sea la exigencia del análisis sutil y sistemático, sea la de dar fundamento y justificación a los más elevados valores de la persona —hoy

tan fuertemente invocados—, como el valor de la conciencia moral, de los derechos inalienables, de la justicia, de la libertad y de la paz; en fin, todo lo que contribuye a poner en evidencia el verdadero bien del hombre redimido por Cristo, para que recuperase la dignidad perdida y alcanzara la condición de hijo de Dios. La antropología de Santo Tomás siempre une estrechamente la consideración de la "naturaleza" y la de la "persona", de tal modo que la naturaleza funda los valores objetivos de la persona, y ésta da un significado real a los valores universales de la naturaleza.

La doctrina del alma está en el centro de la antropología Tomista; pero esta antropología no podría ser entendida en su preciso significado y en su verdadera amplitud —y ni siquiera la doctrina del alma—, sin hacer referencia, como hizo el Doctor Angélico, no solamente a nociones de carácter racional —metafísico o cosmológico—, sino también, y en definitiva, a los datos provenientes de la Revelación bíblica y de las enseñanzas de la Iglesia.

"ECLESIALIDAD" DEL PENSAMIENTO TOMISTA

6. Santo Tomás, porque fue tan fiel y dócil al Magisterio eclesial, pudo ofrecer a la Iglesia y a las almas un preciosísimo servicio doctrinal, que a su tiempo le hizo merecedor del título de "Doctor universal".

La profunda "eclesialidad" del pensamiento tomista le libra de estreche-

ses, de la caducidad y del hermetismo, y le hace sumamente abierto y dispuesto a un progreso ilimitado, capaz de asimilar los valores nuevos y auténticos que surjan en la historia de cualquier cultura. También en esta ocasión quiero repetir lo siguiente. Es tarea principal de los discípulos del Aquinate, y especialmente de vuestra Sociedad, saber tomar y conservar esta "alma" universal y perenne del pensamiento tomista, y actualizarla hoy en un diálogo y en una confrontación constructiva con las culturas contemporáneas, de forma que se puedan asumir sus valores, rechazando los errores.

La antropología tomista encuentra su culminación y su inspiración teológica de fondo en el tratado sobre la humanidad de Cristo. El análisis y la interpretación de este sublime misterio de la salvación llevó al Doctor Angélico a afinar y a profundizar admirable e inmejorablemente las nociones de su antropología, que han llegado así a servir extraordinariamente aun en el campo puramente racional y en el orden humano y natural. Por el contrario, este sutil instrumento de investigación puede ser también hoy muy útil para proponer los verdaderos perfiles de una auténtica cristología, criticando sus deformaciones.

Con estos sentimientos y deseos, imploro abundantes favores celestiales sobre los trabajos y conclusiones de esta vuestra iniciativa cultural, mientras cordialmente imparto a todos vosotros una bendición especial.

CRITERIOS Y ORIENTACIONES DE LA IGLESIA PARA CONSTRUIR LA PAZ EN EL MUNDO

DISCURSO AL CUERPO DIPLOMATICO ACREDITADO LA SANTA SEDE

Excelencias, señoras y señores:

1. AGRADECIMIENTO, SALUDOS, FELICITACIONES

Vuestro Decano, El Excmo. Señor Joseph Amichia, acaba de hacerse interprete de vuestros deferentes sentimientos y de vuestras felicitaciones en elbral del año nuevo. Lo ha hecho con el tono cordial, la libertad de espíritu, la pasión y la profundidad que le caracterizan y que apreciamos. Agradezco vivamente estas palabras que honran al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede más allá de un homenaje generoso a la Iglesia y una observación lúcida de los problemas que se plantean en el mundo, constituyen un testimonio de lo que podemos percibir de la acción de la Santa Sede o de sus intenciones.

Me alegra saludar a todos los Embajadores aquí presentes, antes de encontrarme con cada uno personalmente al final de esta audiencia. Doy una especial bienvenida a los que se hallan aquí por primera vez en esta asamblea, por haber comenzado su misión no hace todavía un año. Algunos países han inaugurado o inauguraron dentro de poco su primera misión diplomática ante la Santa Sede: Santa Lucía, Nepal, Zimbabue, Liechtenstein.

Saludo cordialmente a las esposas de los Jefes de misión, así como a todos los miembros de las Embajadas y a sus familias. Dirijo mi felicitación a cada uno de los países que representáis.

2. EL TEMA DE LA PAZ Y EL VALOR UNIVERSAL DE LA PAZ

¡La paz! La Organización de las Naciones Unidas ha elegido este tema para el presente año 1986. La Santa Sede se regocija por ello y está dispuesta a dar su propia contribución. Desea que de la elección de este tema se deriven no sólo discusiones teóricas, o esloganes lanzados aquí o allá. Espera sobre todo que la humanidad progrese realmente —a nivel de Gobiernos, de múltiples instancias responsables, de la opinión pública de los pueblos, y yo diría sobre todo de las conciencias— en el deseo de la paz, en las iniciativas concretas de paz y, más profundamente, en una cultura de la paz, en una educación para la paz.

Hoy, tomando como testimonio los representantes cualificados de tantas naciones del mundo, quisiera centrar mi reflexión sobre la necesidad de ampliar el horizonte de nuestra búsqueda de la paz. Deseo animar a los pueblos a abrirse a los problemas de los otros, más aún, a tomar conciencia de su interdependencia y a estar siempre atentos a una solidaridad sin fronteras. Decía en el Mensaje para la Jornada de la Paz del pasado 1 de enero: "Las naciones del mundo sólo podrán realizar

plenamente sus destinos —que están entrelazados— si todas unidas persiguen la paz como valor universal".

Sí, la promoción de la paz, de una paz justa y duradera, comporta exigencias de universalidad al menos por tres títulos que orientarán el desarrollo de esta allocución. Los verdaderos hombres de paz consideran que la paz debe ser buscada por todos y cada uno de los miembros de la única familia humana, y no quieren tomar parte en conflictos locales. Más aún, la paz exige la conciencia de una responsabilidad común y de una colaboración solidaria cada vez más amplia, a nivel regional, continental, de todo el mundo, más allá de los bloques de egoísmos colectivos. En fin, la paz se ha de apoyar sobre todo en la justicia y el respeto de los derechos del hombre que se impone a todos.

3. LA PAZ DE CADA PAIS INTERESA AL CONJUNTO DE LA FAMILIA HUMANA

El carácter global de la paz comporta no sólo evitar los conflictos generalizados. Desde 1945, si bien no ha habido ninguna guerra mundial, se han podido contar más de 130 conflictos locales, que han producido más de treinta millones de muertos o heridos, han causado enormes daños, arruinado algunos países y que, de todas formas, dejan secuelas graves en las conciencias, sobre todo en las nuevas generaciones. ¿Quién osará defenderlos? La paz, precisamente, concierne a todos los países, a todos los grupos humanos; aunque la guerra atente a tal o cual parte de la familia humana, hiere a la familia entera, que no puede resignarse, en la indiferencia, a una matanza de hermanos. La familia humana es única. Ciertamente hoy, con los medios de comunicación, todos están informados y pueden compartir. Pero más allá de una simpatía lejana, todo drama de guerra debe suscitar la oración por la paz, y al mismo tiempo el deseo de prestar asistencia, de proponer buenos oficios para hacer que disminuya la pasión, a menudo ciega, en orden a abrir el camino a soluciones negociadas, manteniendo entretanto la voluntad de contribuir a socorrer a las víctimas. Esta función pertenece eminentemente a la Organización de las Naciones Unidas, pero la ONU misma no tiene autoridad más que la que le deriva por la adhesión y el apoyo activo de sus miembros. De aquí se deduce hasta qué punto es necesario que todos los países se interesen ante la falta de paz que sufre tal o cual pueblo.

4. LUGARES MARCADOS ACTUALMENTE POR CONFLICTOS, GUERRILLAS O TENSIONES

Séame permitido aquí detenerme en varios países o regiones que sufren hoy conflictos o tensiones deplorables, a los que por lo demás ha evocado vuestro Decano.

Pensamos siempre en el querido *pueblo libanés*. Nuevos signos y recientes tentativas ponen de relieve su deseo y su voluntad de paz. Formulo con ustedes el deseo de que tal anhelo se realice sin tardanza, con la aportación de todos los que componen la sociedad libanesa —garantizando el honor, los derechos y las tradiciones específicas de unos y otros—, y con el apoyo leal de los amigos del Líbano.

Consideramos también con tristeza la prosecución de combates mortíferos y ruinosos *entre Irán e Irak*, esperando siempre que las partes hallen el camino razonable de una justa paz.

Por lo que se refiere al *pueblo afgano*, todos saben en qué condiciones vive desde

hace seis años, como lo han subrayado por lo demás las Naciones Unidas en varias ocasiones. Seguimos con atención las tentativas actuales que miran a resolver con justicia el problema en su conjunto ¡Que esta esperanza todavía débil no se frustre!

La situación de *Camboya*, que ha sido tan dramática, sigue siendo penosa y difícil. La comunidad internacional se preocupa justamente de favorecer una solución que permita al pueblo camboyano una verdadera independencia digna de tradiciones culturales.

Sudáfrica sigue sufriendo conflictos raciales sangrientos y oposiciones tribales. Vuestro Decano ha insistido con razón en esta plaga. La solución del problema del apartheid y la instauración de un diálogo concreto entre las autoridades del gobierno y los representantes de las legítimas aspiraciones populares son los medios indispensables para restablecer la justicia y la concordia, desterrando el miedo que provoca hoy tantas rigideces. Asimismo es preciso evitar que los conflictos internos no sean explotados por otros en detrimento de la justicia y de la paz. La comunidad internacional puede y debe ejercer su influencia a diferentes niveles, con los medios garantizados por el derecho, en un sentido constructivo.

La situación en *Uganda*, a pesar del acuerdo firmado entre el Gobierno y los representantes de la oposición, está todavía caracterizada por una profunda inseguridad. Renuevo de todo corazón mi llamamiento del 22 de diciembre último en favor de la paz del pueblo ugandés.

Chad está todavía lejos de haber hallado una solución aceptable al problema crucial de la unidad y de la independencia nacional. A pesar de las tentativas de mediación, la prosecución de conflictos internos, con ingerencias exteriores, hace que la población viva una tragedia sangrienta interminable, mientras que la insuficiencia del desarrollo económico y social les mantiene en la miseria.

¿Quién puede desinteresarse del destino de las poblaciones etiópicas para las cuales la guerra interior y los desplazamientos han aumentado el drama ya demasiado conocido de la sequía, del hambre y de la falta de cuidados?

A todos estos dramas se añadió, el día de Navidad, el conflicto entre *Burkina Faso* y *Malí*, por querellas de fronteras; este conflicto no ha dejado de producir enseguida víctimas e importantes daños. Esperamos confiadamente que el cese del fuego realizado se prolongue y que estos dos países hallen un campo de entendimiento para consagrar sus energías y sus escasos recursos al bienestar de sus pueblos.

En *América Central*, las posibilidades de pacificación son todavía muy inciertas. Las partes en conflicto no se han empeñado —o no pretenden empeñarse— en una opción efectiva por el diálogo como medio apto para determinar la solución de los problemas existentes, bien a causa de una mala comprensión de las exigencias que comporta una verdadera democracia, bien debido a la intervención de fuerzas y poderes extraños a la realidad de estos países.

En algunos países del continente latinoamericano, asistimos a una cruel escalada de la guerrilla que afecta sin discriminación a las instituciones y a las personas. Un tal recurso a la violencia, así como la táctica que consiste en golpear ciegamente para matar, para impresionar y para alimentar el miedo merecen la más fuerte de las condenas.

Se podría sin duda ninguna citar otros ejemplos de conflictos, guerrillas, tensiones. Al evocarlos, no quiero evidentemente acentuar los aspectos sombríos de una situación internacional ni alimentar temores suplementarios, ni agravar el peso de las pruebas humillantes de países que me son muy queridos. sino por

el contrario, mostrar mi solicitud por sus poblaciones, manifestar comprensión y aliento por los esfuerzos positivos de sus Gobiernos, convencido de que hay en todas partes una esperanza de paz que aprovechar y que a una cierta internacionalización de la violencia y de la guerrilla, se debe oponer una internacionalización de la voluntad de paz.

Precisamente —y ésta es la segunda fase de mi reflexión—, la paz es un valor sin fronteras porque no puede establecerse de forma justa y durable más que mediante una cooperación ampliada a la región, al continente, al conjunto de las naciones.

5. INICIATIVAS PERSONALES DE PAZ INTEGRADAS EN UNA SOLIDARIDAD CON LOS COMPAÑEROS DE LA REGION

La ampliación de la cooperación no quiere decir que sean despreciables las diversas iniciativas de paz que emprenden algunas personalidades, algunas instancias, algunos Gobiernos, ni que sea preciso esperar un consenso global de todas las partes concernientes para poner los jalones de paz. Al contrario, la solución de situaciones aparentemente inextricables, de conflictos o tensiones latentes proviene a menudo de iniciativas personales valientes, audaces, proféticas, que rompen el ciclo estéril de la violencia y del odio y que cambian realmente la problemática, provocando el diálogo y la negociación en un espíritu de comprensión y respetando el honor de cada una de las partes. Las personas que actúan así merecen ser llamadas, en el sentido evangélico del término, "artífices de paz". La originalidad de su acción no procede en primer lugar de una posición de fuerza, sino de una concepción humana realista de la paz; puede estar inspirada en el amor, como lo decía el Mahatma Gandhi.

Sin embargo, la paz seguirá siendo, por desgracia, frágil y precaria si no se busca con todos los interlocutores de la región, teniendo en cuenta los derechos y deberes de cada uno; si los demás pueblos de la tierra no se sienten interesados y no se preocupan de alentar y consolidar esta paz; si grandes poderosos siguen interfiriendo e incluso oponiéndose a una justa paz, a merced de sus intereses.

Así, la paz adquiere una dimensión universal no sólo porque existen diversas esferas de interdependencia de los pueblos, en el plano político y económico, sino también en virtud de una consideración más alta y más amplia de la igual dignidad y de los destinos comunes de los pueblos que componen la única familia humana. Es difícil ver cómo la mayor parte de las situaciones de que hemos hablado podrá encontrar una justa solución en relaciones solamente bilaterales o en avenencias concluidas sólo con los que están directamente implicados en el conflicto. El riesgo es grande de llegar entonces a callejones sin salida o a injusticias. Por el contrario, un entendimiento ampliado, la mediación desinteresada o el acuerdo de otros poderosos pueden ofrecer garantías mejores.

6. SOLIDARIDAD CONTINENTAL

La solidaridad ampliada de que acabamos de hablar toma cuerpo también a nivel de conjunto de países que tienen muchos puntos comunes por la cercanía geográfica, la proximidad de sus culturas, la convergencia de sus intereses, la participación en las responsabilidades con respecto a realidades humanas y físicas de una amplitud más vasta que los Estados y las naciones. La solidaridad continental es hoy un peldaño necesario de la solidaridad universal.

Tal es el caso, entre otros, del continente latinoamericano. En Santo Domingo,

el 12 de octubre de 1984, cuando inauguré ante mis hermanos del CELAM la na de años de preparación para el V centenario de la evangelización, invité países, a los que concierne, a reconocerse en la unidad de una gran familia la americana, libre y próspera, fundada en un común substrato cultural y relig. Ellos pueden efectivamente apoyarse en un dinamismo natural marcado por el Evangelio para superar juntos las injusticias y el egoísmo de algunos privilegios para desbaratar la seducción de las ideologías y rechazar los caminos de la violencia, para evitar rivalidades entre naciones e interferencias de poderes extranjeros para progresar en el respeto de la identidad de los grupos étnicos y en la búsqueda del bien común.

Asimismo, como decía a las autoridades civiles de Camerún y a los miembros de todo el Cuerpo Diplomático, en Yaundé, el 12 de agosto pasado, *el continente africano* debe ser respetado y ayudado en la prosecución de un cierto número de objetivos comunes a los que vuestro Decano ha prestado una atención especial: la verdadera independencia, una autonomía económica bien comprendida, la eliminación de las guerrillas fratricidas y la superación de las rivalidades étnicas regionalistas, la lucha contra la sequía y el hambre, el respeto del hombre, sea cual fuere su raza, el desarrollo de los valores humanos y espirituales que son propios de las naciones africanas.

Ante los obispos europeos reunidos en Simposio, el 11 de octubre último, tuve ocasión de volver a hablar de las raíces comunes de su continente en la fe cristiana, de la necesidad de disipar la niebla que Europa ha dejado extender sobre las creencias metafísicas o en las referencias éticas que habían constituido su fuerza, a fin de seguir aportando al mundo el testimonio de los valores que constituyen su mejor herencia. Se trata de un servicio que requiere cierta unidad, solidaridad efectiva tanto más difíciles de realizar cuanto que la historia ha acentuado el carácter particular de cada cultura y tradición. No podemos dejar de alegrarnos al ver progresar esta solidaridad. En Europa Occidental, la comunidad económica engloba ya doce países que, en este campo, se comprometen a abrir sus fronteras. En Bruselas, el 20 de mayo último, en la sede de las Instituciones de las Comunidades Europeas, alabé a los fundadores por no haberse resignado a la división de la Europa de Occidente. Pero queda la gran fractura que separa los pueblos del Este y del Oeste. Cualquiera que sean los acontecimientos históricos, políticos o ideológicos que la han causado —en gran parte independientemente de la voluntad de las poblaciones—, sigue siendo "inaceptable para una conciencia alimentada por ideales humanos y cristianos que han presidido la formación del continente", como decía ante los obispos europeos. Esperamos siempre que la continuación del proceso de Helsinki, que comportará este año una importante reunión en Viena, permita desarrollar más el espíritu de solidaridad recíproca, la comunicación libre y fecunda de las ideas y de las personas y la cooperación entre los Estados. Por lo que se refiere a las comunidades cristianas, pretendemos conservar bien y desarrollar nuestros vínculos fraternos entre Oriente y Occidente, siguiendo las huellas de los Santos Benito, Cirilo y Metodio.

Nuestra mirada se extiende evidentemente también al gran continente asiático en el que la diversidad está sin duda más acentuada y las situaciones son más complejas, en la medida en que se trata de países muy amplios, con tradiciones antiguas muy caracterizadas, con poblaciones muy densas. Los problemas humanos que estos países tienen que resolver son igualmente inmensos y la Iglesia ve sus esfuerzos con simpatía. Tuve ocasión de manifestarlo durante mi visita a Japón, y durante mi estancia en Tailandia. Y me alegro de poder visitar bien pronto

to a India.

Pienso finalmente en el vasto mundo de Oceanía, donde visitaré este año Australia y Nueva Zelanda.

Sí, cada continente tiene sus problemas, su destino y sus responsabilidades consigo mismo y con el conjunto de la familia humana. La paz mundial supone que la cohesión se mantenga en cada uno de esos niveles, respetando así la personalidad de cada pueblo y su participación responsable.

En este sentido formulé votos para que las Asociaciones políticas regionales o continentales favorezcan este proceso de cooperación y de paz. Pienso de modo especial en la Organización de los Estados Americanos (O.A.S.) y en la Organización de la Unidad Africana (O.U.A.).

7. APERTURA ENTRE LOS BLOQUES

La fractura de que he hablado entre el Este y el Oeste de Europa rebasa con mucho este continente. En el nivel de los sistemas políticos, económicos e ideológicos, ha marcado profundamente nuestros cuarenta últimos años, y sigue polarizando la atención sobre los dos bloques, con amenazas de guerras y la carrera ruinosa y peligrosa hacia un superarmamento. Una esperanza surge cada vez que la tensión se atenúa, se reanuda el diálogo, se manifiesta la confianza, y se decide un proceso de desarme general, equilibrado y controlado (cf. mi Mensaje a la ONU, 14 de octubre de 1985). El encuentro de Ginebra en noviembre último entre los más altos Representantes de Estados Unidos de América y la Unión Soviética ha constituido un paso interesante en el camino obligado del diálogo. Los intercambios recíprocos de felicitaciones a los pueblos mismos en este comienzo de año dan una cierta nota de humanismo y de apertura. Pero estas nuevas relaciones sólo aportarán la paz si, más allá de gestos simbólicos, traducen una real voluntad de desarme, sin seguir cubriendo por otra parte situaciones de injusticia. Como ha dicho bien vuestro Decano, el mundo espera con impaciencia los frutos de estos encuentros.

De todas formas, nuestra historia contemporánea no deberá permanecer cerrada en la polarización Este-Oeste.

Un determinado número de países —y a veces de grandes países— lo han demostrado eligiendo, si bien en grados diversos y según modalidades diferentes, el camino de la no-alineación. Posición difícil que no impide aproximaciones oportunas e incluso acuerdos, y que no debe descartar la solidaridad en los problemas humanos esenciales, sino que puede manifestar así una forma de servir la paz en la perspectiva de superar la oposición de los bloques.

Y sobre todo, como no cesa de repetir, las relaciones Norte-Sur deberían más bien preocupar a todos los miembros de la familia humana, tanto del Este como del Oeste. Ahí se trata de hacer frente juntos, no para una concurrencia desenfrenada en la carrera de armamentos, sino para las necesidades esenciales de una inmensa porción de la humanidad. Esto es lo que entiendo cuando, en mi Mensaje del 1 de enero, hablo de la paz como de "un valor sin fronteras, Norte-Sur, Este-Oeste".

8. SOLIDARIDAD EN EL DESARROLLO Y LIBERACION DE LAS DEUDAS

El subdesarrollo es, en efecto, una amenaza siempre creciente para la paz mundial. En él se debe manifestar cada vez más la solidaridad entre todas las naciones. Ciertamente ningún país está libre hoy de una determinada crisis económica, que produce la plaga social del paro. Pero es preciso afrontar las necesi-

dades primarias de los países que no pueden hacer frente actualmente a los problemas cotidianos de la alimentación y de la salud de sus hijos; es preciso comprender sus dificultades para instruir mejor a la juventud con vistas al porvenir para organizar mejor sus estructuras económicas y sociales, en el respeto a los valores auténticos de sus tradiciones. Se buscan esfuerzos de cooperación, bilateral o multilateral; instancias internacionales tratan de hacer progresar las relaciones Norte-Sur en el marco de la UNCTAD o de la Convención de Lomé, es así que se ve cada vez más la necesidad de un nuevo orden económico internacional en el que el hombre sea realmente la medida de la economía, como se nota en mi Encíclica *Laborem Exercens*. ¿Pero las reformas no son demasiado lentas o demasiado tímidas para reducir el abismo socio-económico que se abre?

A este propósito, el problema de la deuda global del Tercer Mundo y las relaciones de dependencia que ha creado preocupa a todos los hombres de buena voluntad, como lo ha subrayado bien el señor Amichia. Más allá de los aspectos económicos y monetarios, se ha convertido en un problema de cooperación y de equidad económica. Es preciso a toda costa salir de las situaciones inextricables y de las presiones humillantes. Aquí, como en otras cosas, la justicia y el interés de todos exigen que a nivel mundial la situación se considere en su totalidad y en todas sus dimensiones (cf. Mensaje a la ONU, 14 de octubre de 1985).

9. UNA PAZ FUNDADA EN EL RESPETO UNIVERSAL DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE

La paz no es solamente el fruto de un arreglo, de una negociación, de una cooperación solidaria cada vez más amplia. Más profundamente aún, la paz es un valor universal, porque debe apoyarse sobre todo en la justicia y el respeto idéntico de los derechos del hombre que se imponen a todos. Las dos exigencias van a la par: *iustitia et pax*. Y como recordaba Pío XII: "Opus iustitiae pax, la paz es el fruto de la justicia".

Toda injusticia pone en peligro la paz. Es una causa o un factor potencial de conflictos. Esto es verdad en el interior de un país, cuando un grupo escogido de privilegiados de la fortuna o del poder explotan a otros ciudadanos. Es verdad también entre países cuando, bajo formas nuevas y sutiles, se da explotación socio-económica de un país por otro, e incluso cuando un país impone a otro su sistema político.

Pero el hombre no vive solo de pan. Es grave atentar contra la dignidad del hombre, sus derechos fundamentales, su libertad de opinión política, su inalienable libertad de conciencia, su posibilidad de manifestar su fe, respetando las otras convicciones. Los desplazamientos forzados y masivos de la población, los límites impuestos a las posibilidades de ayudas desinteresadas, las torturas, las encarcelaciones y las ejecuciones sumarias sin las garantías de la justicia, las restricciones arbitrarias impuestas por motivo de racismo o apartheid, las vejaciones y las persecuciones religiosas, aun perpetradas en secreto, son asimismo atentados inadmisibles a los imperativos éticos que se imponen a toda conciencia para garantizar la dignidad del hombre y asegurar la verdadera paz entre los hombres. No es el Estado el que define, otorga o limita estos derechos. Ellos están por encima de todo poder. Ciertamente los derechos de la persona humana son inseparables de su deber de respetar los derechos de los otros y de cooperar al bien común. Pero la violación de los derechos fundamentales no puede jamás convertirse en me-

dio para fines políticos. Un régimen que ahogue estos derechos no puede pretender realizar obra de paz; una distensión que quisiera ocultar tales abusos, no es una verdadera distensión. Es necesario que el hombre pueda estar seguro del hombre, la nación segura de la nación (cf. Homilía del 1 de enero de 1986). Hay hoy en el mundo una multitud de prisioneros por razones únicamente de conciencia. Es de desear que un documento jurídico internacional de las Naciones Unidas remedie tales abusos.

10. EL TERRORISMO

Entre los obstáculos a la paz que acabo de mencionar, existe uno sobre el que nuestro mundo actual está dolorosamente sensibilizado y que crea un clima de inseguridad: el terrorismo en el interior de los países y el terrorismo internacional. Estamos frente a grupos temibles de gentes que no dudan en matar gran número de inocentes, y eso a menudo en países que les son extraños, no implicados en sus problemas, para sembrar el pánico y atraer la atención hacia su causa. Nuestra reprobación no puede dejar de ser absoluta y unánime. Es preciso decir otro tanto de las bárbaras iniciativas de tomar rehenes con la práctica del chantaje. Se trata de crímenes contra la humanidad. Ciertamente existen situaciones de hecho a las cuales se niega desde hace mucho tiempo una justa solución; existen pues sentimientos de frustración, de odio y tentaciones de venganza a los cuales debemos permanecer muy atentos. Pero el razonamiento —o mejor, la conducta pasional— se desvía completamente cuando se utilizan medios de injusticia y matanza de inocentes para defender una causa; más aún, cuando se les prepara para ello y se les adiestra a sangre fría, con la complicidad de algunos movimientos y el apoyo de algunos poderes de Estado. La ONU no debería tolerar que Estados miembros prescindan de principios y reglas contenidos en su Carta aceptando comprometerse con el terrorismo. El mandamiento "no matarás" es en primer lugar un principio fundamental, inmutable, de la religión: los que honran a Dios deben estar en primera línea entre los que luchan contra toda forma de terrorismo. Lo manifestaba en la plegaria con la que terminaba mi alocución a los jóvenes musulmanes, en Casablanca: "Oh Dios, no permitas que cuando invocamos tu nombre; intentemos justificar los desórdenes humanos" (19 agosto de 1985).

Las represalias que alcanzan tan indistintamente a inocentes y que continúan la espiral de la violencia, merecen asimismo por nuestra parte reprobación; representan soluciones ilusorias e impiden aislar moralmente a los terroristas.

El terrorismo esporádico que provoca justamente el horror en las conciencias honestas (cf. Alocución a la hora del "Angelus", 29 de diciembre, 1985), no debería hacer olvidar otra forma de terrorismo sistemático, casi institucionalizado, que se apoya en todo un sistema policial secreto y aniquila la libertad y los derechos elementales de millones de individuos, "culpables" de no alinearse con el pensamiento con la ideología triunfante, y generalmente incapaces de atraer la atención y el apoyo de la opinión pública internacional.

El diálogo y la negociación son, finalmente, el arma de los fuertes, como lo recordaba vuestro Decano. Así, realizando una acción concertada y firme para deterrar el terrorismo de la humanidad, es preciso, mediante la negociación, antes de que sea demasiado tarde, tratar de hacer desaparecer, cuanto sea posible, lo que impide acoger las justas aspiraciones de los pueblos.

En particular, ¿no se halla aquí el nudo de la injusticia que se debe desatar para llegar a una solución justa y equitativa de toda la cuestión de Oriente Medio? Se si-

güen bosquejando hipótesis de negociación, pero no se llega nunca al punto decisivo de reconocer verdaderamente los derechos de todos los pueblos interesados.

Cuando dirigí mi mensaje a las Naciones Unidas, el 14 de octubre pasado, decía: "Vuestra Organización, por su naturaleza y por vocación es el foro mundial donde los problemas deben examinarse a la luz de la verdad y de la justicia, renunciando a los estrechos egoísmos y a las amenazas del recurso a la fuerza". Señores Embajadores: Vuestras nobles misiones convergen hacia esta finalidad; a pesar del carácter generalmente bilateral de las relaciones que os corresponde entablar, os exigen la misma apertura a lo universal, a la verdad y a la justicia.

11. CONTRIBUCION DE LA IGLESIA: A NIVEL DE LA DOCTRINA SOBRE LA PAZ

Al terminar este discurso sobre las exigencias universales de la paz, ¿necesito precisar ante todo la contribución que la Iglesia quiere aportar a la paz cumpliendo su misión específica, su misión espiritual? Esto da valor a los imperativos éticos de que hemos hablado y que garantizan al máximo el cumplimiento de las tareas humanitarias y políticas. Ustedes están aquí, junto a la Santa Sede, para observar constantemente sus orientaciones y sus iniciativas. Ciertamente en la historia la contribución de algunos cristianos, de algunas "naciones cristianas" a la paz, no ha estado siempre a la altura del mensaje del que eran portadores. La visión universal a veces ha quedado reducida por intereses y egoísmos particulares. Pero el mensaje cristiano presentado por la Iglesia no ha cesado de dar luz y fuerza para fundar una justa paz.

Permítidme evocar algunos documentos doctrinales que son jalones esenciales en el camino de la paz. En el curso de los últimos decenios, la Iglesia, segura de su experiencia y animada por su solicitud en favor del hombre, ha dado una enseñanza que es una verdadera "pedagogía de la paz". Después de los grandes Mensajes de Pío XII que abrían un mundo arruinado por la guerra, perspectivas de una construcción sólida a la paz, Juan XXIII, en la Encíclica *Pacem in terris* (dirigida a todos los hombres de buena voluntad) basaba la convivencia pacífica de los hombres sobre el lugar central que ocupa el hombre en el orden querido por Dios, es decir, en su dignidad de persona. Los derechos y los deberes de la persona corresponden a los derechos y a los deberes de la comunidad. "A todos los hombres de buena voluntad —escribió Juan XXIII— incumbe hoy una tarea inmensa, la de restablecer las relaciones de la vida en sociedad sobre las bases de la verdad, la justicia, el amor y la libertad: relaciones de las personas entre sí, relaciones entre los ciudadanos y el Estado, relaciones de los Estados entre sí, relaciones, en fin entre individuos, familias, cuerpos intermedios y Estados por una parte y comunidad mundial por otra" (n. V).

Pablo VI, particularmente en la Encíclica *Populorum progressio*, desarrolla el análisis ya comenzado por su predecesor sobre los desórdenes que reinan en el mundo, porque se violan la verdad, la justicia, el amor y la libertad. Atrae la atención sobre situaciones que, impidiendo o haciendo fracasar la promoción integral del hombre y el desarrollo solidario de los pueblos, mantienen a la humanidad en un estado de división y de conflicto. Pablo VI presentó el desarrollo de las personas y de los pueblos como "el nuevo nombre de la paz" (n. 87).

En la misma perspectiva, el Concilio Vaticano II, en la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, dice: "La paz no es mera ausencia de la guerra, ni se reduce al sólo equilibrio de las fuerzas adversarias, ni surge de una hegemonía despótica. ... se llama

ma 'obra de la justicia'. ... jamás es una cosa del todo hecha, sino en perpetuo hacer" (n. 78).

Por mi parte, en la Encíclica *Redemptor hominis*, puse de relieve la grandeza, dignidad y valor que son propios de la persona humana. El hombre es "el camino de la Iglesia, camino de su vida y su experiencia cotidiana, de su misión y de su fatiga". Este es el motivo por el que la Iglesia está atenta a la "situación del hombre" y a todo lo que es contrario al esfuerzo que mira a hacer "la vida humana cada vez más humana" (cf. n. 14; cf. Pablo VI, *Populorum progressio*, n. 21).

12. A NIVEL DE GESTOS DE PAZ

Y, en la práctica, la Iglesia —es decir, la Santa Sede y las Iglesias locales en comunión con ella— se compromete gustosamente a fomentar todos los diálogos verdaderos de paz, todas las formas de sincera negociación, de leal cooperación. Quiere trabajar para animar las pasiones que ciegan, por superar las fronteras, por disolver los odios, por aproximar a los hombres; por socorrerles y llevarles la esperanza, en el corazón mismo de sus pruebas en los conflictos que no pueden impedir. Al confiar recientemente al cardenal Etchegaray la misión de visitar a los prisioneros iraquíes en Irán, y luego a los prisioneros iraníes en Irak, quería, en nombre de toda la Iglesia, expresar esta solicitud por las víctimas de la guerra. Quería también testimoniar que la Santa Sede no abandona nunca la esperanza de que se halle una solución política que abra finalmente una era de paz. La Iglesia quiere asimismo seguir prestando su voz a los pobres, a los afectados por las consecuencias de las guerras, a las víctimas de las torturas, a las personas desplazadas. Ante todo, quiero educar las conciencias para la apertura a los demás, el respeto al otro, la tolerancia, que va siempre acompañada de la búsqueda de la verdad, la solidaridad (cf. Discurso en Casablanca, 19 de agosto de 1985). Sabe además que la raíz del mal, del repliegue sobre sí mismo, del endurecimiento, de la violencia, del odio, está en el corazón del hombre; para curarlo propone los remedios salvíficos de Cristo.

En este año en el que, lo esperamos, todos los pueblos quieren consagrar su atención y sus esfuerzos al tema de la paz elegido por la ONU, la Iglesia tiene una contribución particular que aportar. Quiere invitar a los hombres, a sus hijos católicos, pero también a todos los cristianos y a todos los creyentes que lo deseen, a un gran movimiento de oración por la paz. Esta solidaridad en la oración al Altísimo, que comporta súplica confiada, sacrificio y obligación de la conciencia, tendrá una gran eficacia para obtener de Dios el don inestimable de la paz.

13. VOTOS

Excelencias, señoras, señores: Os doy las gracias por la atención y la benevolencia que prestáis y prestaréis a la obra de paz de la Santa Sede. Os doy la seguridad de la atención y benevolencia de la Santa Sede en favor de todos los esfuerzos de paz de vuestros Gobiernos.

Deseamos a todos que dondequiera que reinen todavía las guerras, guerrillas, amenazas o situaciones de injusticia, se emprendan finalmente procesos de paz, en beneficio de las respectivas poblaciones. Queremos que se dé una esperanza válida a la población humilde, a la que vive en sus propias tierras y a la que está privada o expulsada de su tierra. Y deseamos que lleguen a feliz término —con las garan-

tías suficientes— las tentativas de paz que se perfilan en varios lugares de la tierra al comienzo de este año.

Pero también a cada uno de vosotros, a vuestras familias, ofrezco mis deseos de paz. Los he presentado ya al Señor en la oración. Imploro sus bendiciones, su protección, sobre cada uno de vosotros. ¡Paz en la tierra a los hombres que Dios ama, a los hombres de buena voluntad!

LA INCULTURACION DEL EVANGELIO Y LA EVANGELIZACION DE LAS CULTURAS

DISCURSO AL PONTIFICIO CONSEJO PARA LA CULTURA

Queridos hermanos en el Episcopado, queridos amigos:

EL CREPUSCULO DE LAS IDEOLOGIAS EN LA AURORA DE UN NUEVO MILENIO

1. Os encontráis aquí, una vez más, fieles a la cita romana anual del Pontificio Consejo, para la Cultura. Habéis venido de Africa, de América del Norte y de América Latina, de Asia y de Europa; así vuestra presencia nos evoca ese vasto panorama de culturas del mundo entero, algunas de las cuales han sido fecundadas durante mucho tiempo por el mensaje de Cristo. Otras siguen esperando aún la luz de la Revelación, pues toda cultura está abierta a las aspiraciones más altas del hombre y es capaz de nuevas síntesis creadoras con el Evangelio.

En estos años en que se inscribe la realidad cotidiana de nuestro atormentado siglo, apunta ya la aurora de un nuevo milenio, portador de esperanzas para la humanidad. El proceso histórico de inculturación del Evan-

gelio y de evangelización de las culturas está aún muy lejos de haber agotado todas sus energías latentes. La novedad eterna del Evangelio sale al encuentro del resurgir de culturas en génesis o en proceso de renovación. La aparición de nuevas culturas constituye con toda evidencia una llamada al valor y la inteligencia de todos los creyentes y de los hombres de buena voluntad. Transformaciones sociales y culturales, cambios políticos, fermentaciones ideológicas, inquietudes religiosas, estudios éticos: todo ello constituye todo un mundo en gestación que aspira a encontrar forma y orientación, síntesis orgánica y renovación profética. Sepamos sacar respuestas nuevas del tesoro de nuestra esperanza.

Sacudidos por desequilibrios sociopolíticos, descubrimientos científicos no del todo controlados, inventos técnicos de una amplitud inusitada, los hombres perciben confusamente el crepúsculo de las viejas ideologías y el desgaste de los viejos sistemas. Los pueblos nuevos provocan

a las viejas sociedades, como para despertarlas de su letargo. Los jóvenes en busca de ideal aspiran a dar un sentido que inyecte valor a la aventura humana. Ni la droga ni la violencia, ni la permisividad ni el nihilismo pueden colmar el vacío de la existencia. Las inteligencias y los corazones buscan luz que ilumine y amor que reanime. Nuestra época nos revela descaradamente el hambre espiritual y la inmensa esperanza de las conciencias.

EL CONCILIO VATICANO II Y LA RENOVACION DEL MUNDO

2. El reciente Sínodo Extraordinario de los Obispos, que hemos tenido la gracia de vivir en Roma, ha hecho tomar conciencia renovada de estas esperanzas profundas de la humanidad y de la inspiración profética del Concilio Vaticano II, clausurado hace ahora 20 años. De acuerdo con la invitación del Papa Juan XXIII, padre de este Concilio de los tiempos modernos del que todos nosotros somos hijos, debemos poner el mundo moderno en contacto con las energías vivificadoras del Evangelio (cf. la Bula para la Convocatoria del Concilio *Humanae salutis*, Navidad de 1961).

Sí, estamos en el comienzo de una gigantesca tarea de evangelización del mundo moderno, que se presenta en términos nuevos. El mundo ha entrado en una era de cambios profundos, debidos a la amplitud estupefaciente de las creaciones del hombre, cuyas producciones amenazan con destruirlo, si no las integra en una visión ética y espiritual. Estamos entrando en un período nuevo de la cultura humana y los cristianos se encuentran ante un inmenso desafío. Hoy podemos percibir mejor la amplitud de la llamada profética del Papa Juan XXIII al conjurarnos a eliminar a los profetas de

desgracias y a ponernos a trabajar valerosamente en esta tarea formidable: la renovación del mundo y su "encuentro con el rostro de Jesús resucitado... que irradia a través de toda la Iglesia para salvar, alegrar e iluminar a las naciones humanas" (Mensaje *Ecclesiae Christi, Lumen gentium*, 11 de septiembre de 1962).

Mi predecesor Pablo VI asumió esta orientación fundamental y precisó el instrumento privilegiado de la misma: el Concilio trabajará para lanzar un puente hacia el mundo contemporáneo (Alocución en la apertura de la II sesión, 29 de septiembre de 1963). Yo mismo he querido crear el Pontificio Consejo para la Cultura, precisamente para ayudar y apoyar este trabajo (cf. mi carta del 20 de mayo de 1982).

DIALOGO Y ACCION

3. Desde entonces, habéis puesto manos a la obra con alegría y el boletín *Iglesia y culturas* ofrece regularmente en francés, inglés y español el eco de la fecunda tarea emprendida: diálogo en curso con los obispos, los religiosos, las Organizaciones Internacionales católicas, las Universidades; consultas, cuyos primeros frutos van apareciendo ya, red de miembros por todo el mundo, iniciativas suscitadas en las Iglesias, a veces en todo un continente como testimonio la decisión reciente tomada por el CELAM de crear una "Sección para la Cultura", con el fin de dar a la Iglesia en América Latina nuevo impulso en su misión de evangelizar la cultura de acuerdo con el espíritu de la *Evangelii nuntiandi* y de la opción pastoral de Puebla. Cada una de las Conferencias Episcopales ha sido invitada a crear un organismo *ad hoc* para la pastoral de la cultura, y algunos de ellos están ya

actuando. En relación con otros organismos de la Santa Sede, seguís además atentamente la actividad de las grandes organizaciones o encuentros internacionales que se ocupan de la cultura, de la ciencia, de la educación, para llevar a ellos el punto de vista de la Iglesia.

Me alegro cordialmente de la actividad del Consejo, atestiguada en el apretado programa de vuestra reunión de estos días en el palacio de San Calixto: orientaciones para el diálogo de la Iglesia con las culturas, a la luz del reciente Sínodo de los Obispos, colaboración con los dicasterios romanos: fe y culturas, liturgia y culturas, evangelización y culturas, educación y culturas, papel cultural de la Santa Sede ante los Organismos internacionales, coloquios y estudios, cuyos interesantes resultados han sido publicados ya en las diferentes lenguas, en diversos continentes. Otros coloquios en preparación os conducirán sucesivamente a diversas partes de Europa y de América, así como al encuentro con las antiguas civilizaciones africanas y asiáticas; al crisol de la modernidad y al reto de las artes, de las humanidades clásicas y de la iconografía cristiana, ante el despertar de una civilización de lo universal.

EL COMPROMISO ECLESIAL DE LOS LAICOS, SOBRE TODO DE LOS JOVENES

4. Queridos amigos: Proseguid esta tarea compleja, pero necesaria y urgente; estimulad en el mundo las energías en expectativa y las voluntades en esta-

do de alerta. El Sínodo de los Obispos nos ha comprometido a todos en esa tarea con ardor, situando decididamente la inculturación en el corazón de la misión de la Iglesia en el mundo: "La inculturación es diversa de la mera adaptación externa, porque significa una íntima transformación de los auténticos valores culturales mediante su integración en el cristianismo y la radicación del cristianismo en las diversas culturas humanas" (Relación final del Sínodo Extraordinario de los Obispos, 1985).

La Iglesia prepara ya un futuro Sínodo sobre el apostolado de los laicos. Vosotros podéis comprometer vigorosamente a los seglares, sobre todo a los jóvenes, en el diálogo decisivo del Evangelio con las culturas. Me alegro de vuestra colaboración activa con el Pontificio Consejo para los Laicos y con la Congregación para la Educación Católica, a fin de estudiar conjuntamente los nuevos problemas planteados por el encuentro del Evangelio con el mundo de la educación y de la cultura. Y sé que no dejaréis de poner en marcha múltiples iniciativas nuevas para responder a la misión que se os ha confiado.

Mis votos os preceden en este camino exigente, mi oración os acompaña y mi apoyo os sostiene. De todo corazón invoco sobre vosotros y sobre vuestro trabajo la gracia del Señor Todopoderoso, el único que debe inspirar nuestro humilde servicio de la Iglesia, impartiendoos una particular bendición apostólica.

IDENTIDAD Y MISION DE LOS HERMANOS EN LOS INSTITUTOS LAICALES Y EN LOS INSTITUTOS CLERICALES

DISCURSO A LOS MIEMBROS DE LA ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONGREGACION PARA LOS RELIGIOSOS E INSTITUTOS SECULARES

PERSPECTIVAS ECLESIALES

1. Os saludo con gran alegría, queridos miembros de la plenaria de la Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares, que habéis estudiado durante estos días un tema que es para mí muy entrañable y que actualmente resulta muy importante para la vida religiosa en general: "La identidad y la misión de los hermanos en los institutos laicales y en los institutos clericales".

El Concilio Vaticano II, en efecto, ha querido confirmar a los religiosos laicos en el valor de su vocación religiosa con estas palabras: "La vida religiosa laical, tanto de varones como de mujeres, constituye en sí misma un estado completo de profesión de los consejos evangélicos" (*Perfectae caritatis*, 10). A los veinte años de aquel acontecimiento eclesial, habéis querido examinar el estado actual de la vida religiosa laical masculina, para hacer una revisión de los progresos, de las dificultades y de las nuevas perspectivas que este género de vida tiene hoy en la Iglesia.

Estoy convencido de que este estilo de vida religiosa, que ha ofrecido tantos servicios a la Iglesia en el curso de la historia, continúa siendo también hoy sumamente adecuado a los nuevos desafíos apostólicos que la proclamación del mensaje evangélico debe afrontar. Precisamente por esto vosotros queréis poner de relieve las grandes posibilidades que contiene el Código de Derecho Canónico para el incremento de esta vocación en la Iglesia, y queréis conseguir que el Pueblo de Dios sepa comprender la dignidad y la utilidad de la vocación religiosa laical.

SEGUIMIENTO DE CRISTO Y SERVICIO A LA HUMANIDAD

2. La vida religiosa nació con una configuración típicamente laical. Surgió del deseo de algunos fieles cristianos de recoger más abundantes frutos de la gracia bautismal, y —mediante la profesión de los consejos evangélicos (cf. *Lumen gentium*, 44)— liberarse de los impedimentos que pudieran apartarles del fervor de la caridad y de la perfección del culto divino.

Algunos clérigos desearon tomar parte de esta vida que "imita más de cerca y representa perennemente en la Iglesia el género de vida que el Hijo de Dios tomó" (*Lumen gentium*, 44), ya sea para entregarse mejor a la propia santificación, ya para realizar más provechosamente su apostolado. Los institutos clericales aceptaron también religiosos laicos que, ayudando a los sacerdotes en el trabajo, participaban del carisma del instituto. Algunos fundadores se sintieron inspirados para fundar congregaciones solamente para laicos, con el fin de realizar mejor "la función pastoral de la Iglesia en la educación de la juventud, en el cuidado de los

enfermos y otros ministerios" (*Perfectae caritatis*, 10), que se derivan de la consagración bautismal. Otros fundadores pensaron crear institutos, en los que los religiosos sacerdotes y los religiosos laicos, unidos y conservando su respectiva identidad, trabajaran conjuntamente para el reino de Dios.

Así la vida religiosa laical en la Iglesia, como expresión de una total consagración por el reino, es una manifestación de la santidad de la Esposa de Cristo y contribuye, de una manera eficaz y original, al desarrollo de la misión de la Iglesia en la evangelización y en los diversos ministerios del apostolado. En la Iglesia no se puede pensar en la vida religiosa sin la presencia de esta especial vocación laical, abierta también hoy a tantos cristianos que puedan consagrarse en ella al seguimiento de Cristo y al servicio de la humanidad.

LAS ENSEÑANZAS DEL CONCILIO Y LAS NORMAS DEL NUEVO CODIGO DE DERECHO CANONICO

3. El Concilio Vaticano II autorizó a los institutos religiosos laicales que lo desearan, ordenar sacerdotes a algunos de sus miembros, sin perder con esto el propio carácter (*Perfectae caritatis*, 10). El mismo Concilio habla de institutos "no meramente laicales" (*Perfectae caritatis*, 15). Todo esto nos demuestra cómo el Espíritu Santo, que está siempre activo en la Iglesia, hace brotar, de la raíz siempre joven del bautismo y del antiguo tronco de los consejos evangélicos, nuevas estructuras, nuevos institutos y nuevos ministerios laicales. Afirmando que "el estado de vida consagrada, por su naturaleza, no es ni clerical ni laical" (*Código de Derecho Canónico*, can. 588, 1), el Código de Derecho Canónico ha querido reconocer esta realidad, dejando abiertas las posibilidades que el Espíritu de Dios inspira para afrontar las nuevas necesidades del apostolado.

Sin embargo, siempre es necesario que los institutos observen la norma del canon 578 que exige fidelidad a las intenciones de los fundadores y a su proyecto, corroborado oficialmente por la Iglesia. La Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares tiene el deber de velar por el cumplimiento de tan importantes disposiciones.

LA RAZ BAUTISMAL DE LA CONSAGRACION RELIGIOSA

4. Queridos miembros de esta plenaria: Decid a los hermanos —utilizo este término consagrado por la costumbre, a pesar de que los religiosos sacerdotes y los religiosos laicos de un mismo instituto sean todos "hermanos" en la común vocación—, decid a los hermanos, repito, que profundicen cada vez más en la raíz bautismal de su consagración religiosa. Cuando el año 1980 recibí a los religiosos laicos de Roma, les decía: "Vuestra profesión religiosa se sitúa ante todo en la línea de la consagración bautismal, y expresa la bipolaridad del sacerdocio universal, que se funda en esta consagración. Efectivamente, en la vida religiosa laical se realiza la ofrenda del sacrificio espiritual, el ejercicio del culto en espíritu y verdad, a que está llamado cada uno de los cristianos; al mismo tiempo, resuena en ella ante el mundo la proclamación clarísima de las maravillas de la salvación. Una doble dirección, pues, hacia Dios y hacia los hombres, caracteriza vuestra vida; y en la base de la una y de la otra está el mismo único sacerdocio bautismal, en la una y en la otra se expresa el mismo amor difundido en el corazón por el Espíritu (cf. *Rom* 5, 5), en ambos se vive en plenitud el idéntico carisma del "laicado", conferido por la gracia de los sacramentos de la iniciación cristiana".

(*L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 3 de febrero de 1980, pág. 7).

Es necesario que los religiosos laicos tomen conciencia del hecho de ser responsables, junto con los hermanos sacerdotes, de todo aquello que puede favorecer la vitalidad del propio instituto. El Código de Derecho Canónico les abre muchas posibilidades de participación en la vida y en la misión de la propia familia religiosa, exceptuando obviamente los aspectos que dependen estrictamente del carácter sacerdotal. Es deber de los capítulos generales el estudio más detallado a la aplicación de tales posibilidades, a la luz de las normas del derecho universal, y en un renovado compromiso de fidelidad al carisma fundacional y a la misión específica de cada instituto en las actuales necesidades de la Iglesia.

DIMENSION COMUNITARIA Y DIMENSION APOSTOLICA DE LOS RELIGIOSOS

5. Quiero recordar a todos los religiosos —laicos y sacerdotes— la complementariedad de su respectivo camino dentro de la misma vida religiosa. Al religioso sacerdote, comprometido en muchas actividades pastorales, el hermano laico le recuerda que la vida religiosa tiene una dimensión comunitaria que no debe olvidar. Al hermano, comprometido en humildes trabajos domésticos o en tareas de servicio secular, el sacerdote le recuerda la dimensión apostólica de lo que realiza. Además, los unos y los otros, completándose en los respectivos servicios que ofrecen a la persona humana, son un testimonio vivo de que "la misión salvífica de la Iglesia, en su relación con el mundo, debe ser tomada en su totalidad", como ha subrayado el Sínodo Extraordinario (*Relatio finalis*, 11, D. 6).

Deseo también expresar mi gratitud, junto a la de todo el Pueblo de Dios, por el trabajo de los hermanos en aquellos sectores del apostolado tan arraigados en la tradición de la Iglesia y para los cuales el Espíritu ha suscitado carismas particulares de perenne actualidad. Me refiero a la educación de la juventud, al cuidado de los enfermos y a la múltiple presencia misionera. Carismas y servicios insustituibles todavía hoy para una eficaz presencia del Evangelio y un testimonio incisivo del espíritu de las bienaventuranzas.

PROMOCION DE VOCACIONES Y ADECUADA FORMACION DE LOS CANDIDATOS

6. Ante la belleza de esta vocación de los hermanos en la Iglesia, la plenitud de su identidad religiosa y las renovadas posibilidades de presencia, no me queda otra cosa que expresar un doble deseo. El primero, que todos los Pastores de la Iglesia sepan promover esta específica vocación de consagración religiosa, sin la cual faltaría algo a la vitalidad de las Iglesias particulares, especialmente de las más jóvenes. El segundo deseo es una adecuada formación teológica que vaya a la par con los conocimientos profesionales y técnicos, de los cuales hoy los hermanos tienen necesidad para cumplir adecuadamente su tarea apostólica.

CONSEJOS EVANGELICOS Y CAMINO DE SANTIDAD

7. A los hermanos religiosos digo especialmente que la Iglesia y el mundo esperan de ellos el testimonio de una vida santa y de aquella perfección en la caridad, a la

que conducen los consejos evangélicos. Esta caridad frecuentemente ha sido el "perfume de Cristo" que tantos hermanos laicos han derramado misteriosamente en la vida de la Iglesia.

Una de las más grandes satisfacciones de mi pontificado ha sido la elevación al honor de los altares de un gran número de religiosos laicos, todos ilustres por la calidad de sus servicios y por la heroicidad de sus virtudes. San Miguel Febres Cordero, profesor y miembro de la Academia de la Lengua de Ecuador, su patria; los Beatos Ricardo Pampuri, médico; Andrés Bessette, taumaturgo; Alberto Chmielewskim pintor, ingeniero y fundador; Jeremías de Valachia, enfermero; Isidoro de Loor, hortelano y cocinero; y Francisco Gárate, el "perfecto portero".

Este simple elenco demuestra claramente que todas las actividades humanas, desde las más sencillas a las más elevadas a los ojos del mundo, pueden tomar la dimensión de auténticos "ministerios laicales" que, radicados en el bautismo y en la consagración religiosa, cantan la gloria de Dios y contribuyen "a que venga esta civilización del amor, designio de Dios para toda la humanidad en la espera de la venida del Señor" (Mensaje del Sínodo Extraordinario al Pueblo de Dios, *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 15 de diciembre de 1985, pág. 12).

María, la humilde Virgen de Nazaret, modelo de servicio y de consagración, a cuya protección se acogen las familias religiosas, sea para todos los hermanos Madre y Maestra de fidelidad evangélica. A Ella confío los trabajos de vuestra plenaria, para que os obtenga la ayuda y la luz para encontrar los medios más apropiados, a fin de confirmar, renovar y promover en el Pueblo de Dios las vocaciones religiosas laicales, tan necesarias para el presente y el futuro de la vida de la Iglesia.

AMOR PREFERENCIAL A CRISTO Y SERVICIO GENEROSO A LA IGLESIA

DISCURSO A LA ASAMBLEA GENERAL DE LA CONFERENCIA DE VICARIOS PARA RELIGIOSOS EN LOS ESTADOS UNIDOS

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Mi cordial bienvenida a todos los que os habéis reunido en Roma esta semana para la XX asamblea de la Conferencia Estadounidense de vicarios para religiosos. Me complace reunirme hoy con vosotros. No tengo intención de hablar demasiado sobre la naturale-

za de la vida religiosa o sobre los problemas especiales con que se enfrentan los religiosos en nuestros días. Deseo más bien aprovechar esta ocasión para ofreceros mi aliento en vuestra importante y delicada tarea.

1. No hace falta decir que la vida religiosa es parte vital de la vida de la Iglesia, de su testimonio de santidad,

su servicio a los pobres y necesitados, su misión de promover la reconciliación, sus esfuerzos de proclamar el Evangelio de salvación. Como vicarios y delegados para los religiosos en vuestras respectivas diócesis, ocupáis una posición que os da el privilegio de ver con mayor claridad la dimensión eclesial de la vida religiosa y la oportunidad de ayudar a otros a apreciar esta verdad.

Asistís al obispo en su ministerio de servicio a los religiosos y religiosas de la diócesis. Lo mantenéis informado de las necesidades e intereses particulares; lo asistís en la resolución de problemas que se plantean o en la coordinación de las actividades para religiosos en la diócesis. Mediante vuestro trabajo, y mucho más mediante vuestro amor por la vida religiosa, ayudáis al obispo en su importante responsabilidad de alentar y fortalecer la vida religiosa en la Iglesia.

2. En la Relación final del reciente Sínodo Extraordinario de los Obispos, encontramos una observación que parece tener particular relevancia para la vida religiosa. Afirma el Sínodo: "Hoy se registran signos de una nueva hambre y de una nueva sed de lo trascendente y divino. Para cooperar en esta vuelta a lo sagrado y para superar el secularismo, debemos abrir accesos a la dimensión de lo 'divino' o del misterio y ofrecer a los hombres de nuestro tiempo los preámbulos de a fe" (II, A, 1).

¿Quién está en mejor posición para hacer frente a este reto del Sínodo que los religiosos y religiosas? La dedicación radical a Cristo, que se halla implicada en los votos de castidad, pobreza y obediencia, expresa clara y profundamente la fe del religioso en una realidad trascendente, su absoluta confianza en el amor de Dios. Tal dedicación testimonia ante el mundo

el valor del amor a Dios solo, especialmente cuando la vida de los religiosos está caracterizada por una confianza gozosa y un servicio generoso.

3. La consagración religiosa manifiesta de forma concreta y elocuente el amor preferencial por Cristo: Cristo presente en la Sagrada Eucaristía, Cristo que vive actualmente en el pobre y el necesitado, en los ancianos y en los niños, en las familias y en las personas procedentes de hogares destrozados. Por la misma razón, el amor preferencial por Cristo significa preferir lo que Cristo ama, desear tener la misma actitud que el mismo Cristo (cf. *Flp* 2, 5 ss.), ansiar que el reino de Dios "venga a la tierra como está en el cielo".

En este contexto, está bien recordar las palabras de San Pablo, que escribió: "Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para santificarla, purificándola mediante el lavado del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí gloriosa, sin mancha o arruga o cosa semejante, sino santa e intachable" (*Ef* 5, 25-27). En nuestros días tiene muchísima importancia subrayar una vez más el amor de Cristo por la Iglesia y, junto a ello, la llamada que esto supone para todos nosotros en la Iglesia, y especialmente para los religiosos por razón de la naturaleza pública de su vocación, a tener un amor informado y celoso por la Iglesia.

4. Queridos hermanos y hermanas: Sabéis el interés especial que he mostrado por la vida religiosa en los Estados Unidos, en las diversas iniciativas que he tomado para confirmar a mis hermanos los obispos en su tarea de servicio pastoral a los religiosos y mi deseo ardiente de transmitir directamente a los religiosos mi profundo interés por cada uno de ellos. Podéis estar, pues, seguros, de que ruego de modo espe-

cial por vosotros, los vicarios y delegados episcopales para los religiosos. No dudéis nunca de la importancia de vuestro servicio pastoral en la Iglesia. Pues al fomentar la vida reli-

giosa os estáis acercando a **la misma santidad de Dios**" (2 Co 5, 21).

Que el Señor sea vuestro consuelo y fortaleza. Que Cristo os colme de su paz profunda y permanente.

FUNCION Y RESPONSABILIDAD DE HOMBRES DE LA PLUMA EN EL MUNDO CONTEMPORANEO

DISCURSO A LOS REPRESENTANTES DE LA UNION CATOLICA DE LA PRENSA ITALIANA Y DE LA ASOCIACION DE PRENSA EXTRANJERA DE ROMA

Señores periodistas, queridos amigos periodistas:

ANUNCIAR LA PALABRA

1. Estoy contento de esta audiencia, como de cualquier encuentro con exponentes del mundo periodístico, al que siento cerca y aprecio mucho.

Vosotros sois trabajadores, servidores, artistas de la palabra. Desempeñáis papeles importantes y delicados, múltiples en sí mismos y en sus irradiaciones. Muchos aspectos de vuestro noble y arduo trabajo os ofrecen especiales oportunidades de cooperar con la misión típica de la Iglesia, que es la de anunciar la Palabra. Esta singular afinidad explica la atención que la Iglesia ha tenido y tiene hacia vosotros. Por eso, con sentimientos de estima de comprensión y de amistad os acojo y os ofrezco mi ferviente saludo.

Saludo sobre todo a los dirigentes de la Unión Católica de la Prensa Italiana del Lacio, y les doy gracias por haber promovido, como otras veces al principio del año, la simpática iniciativa que os ha convocado aquí.

Un saludo especial dirijo a los familiares que os acompañan. Vuestra grata presencia, queridos hermanos y hermanas, acentúa el clima de cordialidad que invade nuestro encuentro. Así, pues, gracias también a vosotros por vuestra participación.

LA IDENTIDAD DEL PERIODISTA

2. La "búsqueda de una nueva identidad del periodista" es el tema de la mesa redonda que acabáis de tener, casi como prelude de este encuentro.

Se trata de un problema importante. En cierto modo es el problema de siempre. El periodista que quiere ejercer con seriedad su profesión —cualquiera que sea el sector a él confiado en el vastísimo campo de los "mass-media"—, se ve continua-

mente impulsado a un análisis de la cuestión, para una cada vez mayor toma de conciencia de su función y de su responsabilidad en el mundo contemporáneo.

En nuestro tiempo esa búsqueda comporta particulares urgencias. Efectivamente, el periodismo viene a encontrarse en la encrucijada de los fenómenos que señalan las vertiginosas transformaciones de la era planetaria. Transformaciones de mentalidad y de modos de vivir, en estrecha dependencia con las aceleraciones de la así llamada revolución tecnológica, las cuales determinan en gran medida los cambios que todos conocemos en el ordenamiento de la sociedad y en el rostro de la civilización. Nacen nuevas exigencias y demandas. Junto a nuevos remedios, surgen nuevas dificultades.

HOMBRE DE VERDAD

3. Se imponen grandes opciones. Pero se impone previamente una opción de fondo, que tenga presente el fin originario de un periodismo digno de este nombre: a saber, el servicio de la comunicación social, destinada a enriquecer el patrimonio cognoscitivo y formativo individual y a ofrecer a la comunidad un eficaz instrumento de crecimiento civil, espiritual y moral.

El criterio de base, al que está unida la solución de los distintos problemas que surgen no puede ser más que el respeto de la verdad. Un respeto absoluto y total, al margen de todo equívoco, ajeno a todo sofisma. Unido en cambio a aquellas dotes humanas que forman la corona natural de la verdad y tejen el preciso bagaje de la seriedad y de la probidad profesional.

Implicado inevitablemente en la potencia y rapidez de los medios de difusión que ofrece la técnica, el periodista no puede dejar de sentir el peso de la propia responsabilidad. Por eso debe ser el hombre de la verdad. La actitud que asume con relación a la verdad califica de forma definitiva su carta de identidad, más aún, la talla de su profesionalidad como trabajador de la información, respecto a una doble fidelidad: ante todo a la propia misión; después al pacto de confianza con aquellos a los que dirige su servicio.

Hace falta tener el coraje y la sinceridad de proclamar abiertamente que todas las formas de falsificación y de deformación —de las que no faltan por desgracia clamorosos ejemplos— son una verdadera y propia desnaturalización del periodismo. Las asociaciones y organizaciones de categoría, especialmente las católicas, no pueden dejar de hacer de esto un punto de calidad al tratar de la problemática diaria.

LA INFORMACION ECLESIAL

4. El respeto de la verdad requiere un serio empeño, un cuidado y escrupuloso esfuerzo de búsqueda, de verificación, de evaluación. Sobre este punto quisiera limitar por un momento la mirada al horizonte eclesial.

Mi predecesor Juan Pablo I —el cual, como sabéis había tenido una singular familiaridad con el periodismo—, precisamente en esta aula, entre las afables expresiones que dirigió a los representantes de los medios de comunicación social, subrayó la necesidad de "entrar en la perspectiva de la Iglesia, cuando se habla de la Iglesia". Y añadió: "os pido sinceramente, más aún, os ruego que queráis contribuir a salvaguardar en la sociedad actual aquella profunda consideración por las cosas de Dios y la misteriosa relación entre Dios y cada uno de nosotros, la cual constituye la dimensión sagrada de la realidad humana" (Enseñanzas de Juan

Pablo I al Pueblo de Dios, pag. 37).

Esta, queridos amigos periodistas, es también mi petición y mi invitación. Siguiendo en lo posible vuestros artículos —que son uno de los instrumentos para mi diálogo con las más distintas manifestaciones del pensamiento—, agradezco la aportación que dais al conocimiento de la realidad.

Pero no es siempre así. A veces la “perspectiva de la Iglesia” se ignora. En lugar de pasar por la criba de una serena precisión terminológica, esas y actividades se someten a un análisis con prejuicios, en el que la interpretación subjetiva sacrifica o anula la información objetiva. Entonces se hiere, antes que a la Iglesia, a la verdad.

Así, pues, esta observación, aunque concierne a la Iglesia, se extiende a la dinámica de la verdad que abraza todos los valores genuinos. Baste notar que la verdad es la aliada indisoluble de la libertad de expresión, y por tanto el principio eficiente de progreso en todos los campos del vivir humano. No en balde los opresores de la libertad crean para propio uso y consumo “verdades” que a la vez son vulgares mentiras.

Viene aquí espontáneamente la referencia a la heroica figura del sacerdote carmelita Tito Brandsma, al que he tenido la alegría de inscribir entre los valerosos periodistas, internado y asesinado en un campo de concentración, su valiente defensa del periodismo católico, permanece como el mártir de la libertad de expresión contra la tiranía de la dictadura.

DIALOGO INTRAECLESIAL

5. De la vocación católica al periodismo emanan compromisos y responsabilidades peculiares.

En la hermosa temporada —si bien no carente de dificultades— que estamos viendo a veinte años del Concilio, y después de la reciente Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos que ha recordado las orientaciones y directrices del Concilio, los medios de comunicación social declaradamente católicos o de inspiración católica están llamados a asumir papeles de profunda incidencia, suministrando noticias y juicios iluminados por la verdadera fe eclesial.

Me limito a recordar la aportación al diálogo que la Iglesia ha entretejido y que va asiduamente desarrollando en múltiples sentidos, bien a nivel humano o religioso, bien en el propio ámbito interno.

Permanecen de viva actualidad los capítulos que Pablo VI dedicó a este tema tan fascinante en la Encíclica “*Ecclesiam suam*”, en los cuales él confiaba también a la prensa sus clarividentes preocupaciones sobre el tema.

En la circulación del discurso humano, el diálogo “denota un propósito de corrección, de estima, de simpatía, de bondad, por parte del que lo establece. Excluye la condenación apriorística, la polémica ofensiva y habitual, la futilidad de la conversación inútil. Si bien no mira a obtener inmediatamente la conversión del interlocutor, ya que respeta su dignidad y su libertad, mira, sin embargo, al provecho de éste, y quisiera disponerlo a más plena comunión de sentimientos y de convicciones” (*Ecclesiam suam*, 73).

Estas características califican la relación de diálogo intraeclesial que debe robustecer la unidad a través de la voz de las legítimas variedades y formar una opinión pública cada vez más consciente y madura. Por eso, un diálogo “intenso y familiar”, “sensible a todas las verdades, a todas las virtudes, a todas las realidades de

nuestro patrimonio doctrinal y espiritual”, “dispuesto a acoger las voces múltiples del mundo contemporáneo”, “capaz de hacer a los católicos hombres verdaderamente buenos, hombres sabios, hombres libres, hombres serenos y fuertes”, como también ha escrito mi predecesor en la *Ecclesiam suam* (n. 106).

Tareas tan graves y delicadas requieren ese enriquecimiento interior, que el católico recaba de una constante formación espiritual. Tito Brandsma no habría podido ser el maestro, el periodista, el escritor que estuvo en el torbellino de un drama cruel, si no hubiera bebido en la fuente de una intensa espiritualidad personal.

LA FORMACION DE LA OPINION PUBLICA

6. Queridos periodistas: Como conclusión de nuestro encuentro, dejad que os invite a poner siempre el acento sobre los aspectos positivos y atrayentes de vuestra profesión. La complejidad de situaciones y problemas, mientras amenazan cambios radicales, pone inevitablemente de relieve las dificultades de este trabajo ya de por sí comprometido. Pero las dificultades no pueden desanimar. Deben, por el contrario, sacar más a la luz el bien que puede circular en los corazones y en los distintos niveles de la convivencia humana a través de vuestro específico trabajo.

Vosotros estáis en cierto modo entre los cualificados protagonistas de diálogo a niveles muy diversos, y estáis entre aquellos que plasman la opinión pública: así lo he afirmado en el Mensaje para la próxima Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales, que tendrá como tema la contribución de los “mass-media” a la formación cristiana de la opinión pública. Tenéis delante de vosotros objetivos de incalculable alcance. Estad orgullosos de ello.

Cordialmente os deseo todos los mejores éxitos en el cumplimiento de vuestros deberes, mientras invoco sobre vuestra actividad y sobre vuestras personas, como también sobre todos vuestros seres queridos, las más escogidas gracias celestiales.

Con mi bendición apostólica.

UN SERVICIO DE JUSTICIA, DE VERDAD Y DE CARIDAD

DISCURSO AL TRIBUNAL DE LA ROTA ROMANA

EL MINISTERIO DEL JUEZ ECLESIASTICO

1. Es para mí motivo de gran alegría reunirme todos los años con vosotros, para reafirmar la importancia de vuestro ministerio eclesial y la necesidad de vuestra actividad judicial.

Ella es un servicio de justicia, un servicio de verdad, un servicio ofrecido a Dios, ante cuya presencia pronunciáis vuestras sentencias; y un servicio al Pueblo de Dios y a toda persona de buena voluntad que se dirige al tribunal de la Rota Romana. Doy pues a cada uno de vosotros

mi saludo más cordial, el cual va unido a mis sentimientos de aprecio y de gratitud por vuestra tarea, a veces difícil y pesada, pero tan necesaria.

Saludo en modo especial al nuevo Decano, mons. Ernesto Fiore: y hago votos para que él contribuya, con vuestra solícita colaboración, a la obra constante de adecuar el Tribunal a las necesidades del mundo actual y a las necesidades pastorales de nuestro tiempo.

Me doy cuenta de las dificultades que debéis afrontar en el cumplimiento de vuestro deber, que os obliga a dirimir, sobre la base de la ley canónica, cuestiones y problemas relativos a derechos subjetivos que implican al mismo tiempo la conciencia de quienes acuden a vosotros. Muy a menudo ellos se encuentran perdidos y confusos por las voces discordes que les llegan de todas partes. Con mucho gusto aprovecho la ocasión de esta audiencia para exhortaros a un servicio de verdadera caridad para con ellos, asumiendo plenamente vuestra responsabilidad delante de Dios, Supremo Legislador, el cual, si lo invocáis, no dejará de ayudaros con la luz de su gracia, para que podáis estar a la altura de las esperanzas depositadas en vosotros.

UNION CON EL SUCESOR DE PEDRO Y FIDELIDAD AL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

2. Me parece importante subrayar hoy —como lo hice ya en el discurso dirigido a los padres cardenales el 21 del pasado noviembre— la preocupación por la unidad fundamental con el ministerio de Pedro. A este “munus Petrinum” la Curia Romana ofrece una colaboración que cada vez se hace más urgente, bien sea por la importancia de los problemas que se presentan en el mundo, bien por el deber de mantener una y católica la

profesión de fe, o bien por la exigencia de orientar y sostener al Pueblo de Dios en la fiel comprensión del Magisterio de la Iglesia. Este servicio a la unidad es cada vez más necesario, por el hecho de que la Iglesia se extiende a tantos países y continentes diversos, y une al tesoro de la Revelación y de la fe cristiana múltiples y diferentes culturas, las cuales a su vez se hacen mejores en la medida en que reconocen los valores de los que el Verbo Encarnado es defensor y fiador, como Hijo del Padre y Redentor del hombre. El hombre debe entrar en esta filiación divina como hijo adoptivo, para ser así no sólo él mismo, sino para responder cada vez mejor a los deseos de Dios que lo ha creado a su imagen y semejanza.

¡Vuestra misión es grande! Ella debe conservar, profundizar, defender e iluminar los valores divinos que el hombre lleva en sí como instrumento del amor divino. En cada hombre existe una señal de Dios que hay que reconocer, una manifestación de Dios que hay que resaltar, y un misterio de amor que hay que expresar viviendo según la visión de Dios.

EL MATRIMONIO CRISTIANO

3. “¡Dios es amor!”. Esta sencilla afirmación de San Juan (1 Jn 4, 8; 16) es la clave del misterio humano. Como Dios, también el hombre será amor: él tiene necesidad de amor, debe sentirse amado y para ser él mismo debe amar, debe darse, debe hacer que este amor sea amado. Dios es Trinidad de Amor: Don recíproco del Padre y del Hijo que aman su Amor personal, el Espíritu Santo. Sabemos que este misterio divino ilumina la naturaleza y el sentido profundo del matrimonio cristiano, que es la realización más perfecta del matrimonio natural. Este último desde el principio lleva la impronta de Dios:

“Y creó Dios al hombre a imagen suya; y los creó macho y hembra y les dijo: ‘Procread y multiplicaos’ ” (cf. Gén 1, 27-28).

Además, todo matrimonio entre bautizados es sacramento. Es sacramento por la fuerza del bautismo que introduce nuestra vida en la de Dios, haciéndonos “partícipes de la divina naturaleza” (2 Pe 1, 4), mediante la incorporación a su divino Hijo, Verbo Encarnado, en el que nosotros formamos un solo cuerpo, la Iglesia (cf. 1 Cor 10, 17).

Así se comprende por qué el amor de Cristo a la Iglesia se ha comparado al amor indisoluble que une el hombre a la mujer y cómo puede ser significado eficazmente por el gran sacramento que es el matrimonio cristiano, destinado a desarrollarse en la familia cristiana, Iglesia doméstica (*Lumen gentium*, 11, b.), de la misma forma que el amor de Cristo y de la Iglesia asegura la comunión eclesial, visible y portadora desde siempre de bienes celestiales (*Lumen gentium*, 8, A).

He aquí por qué el matrimonio cristiano es un sacramento que realiza una especie de consagración a Dios (*Gaudium et spes*, 48, b.); es un ministerio del amor que, mediante su testimonio, hace visible el sentido del amor divino y la profundidad del don conyugal vivido en la familia cristiana, y es un compromiso de paternidad y de maternidad, del que el amor recíproco de las Personas divinas constituye la fuente y la imagen perfectísima e inigualable. Este misterio se afirmará y se realizará mediante cualquier participación en la misión de la Iglesia, en la que los esposos cristianos deben dar pruebas de amor y testimoniar el amor que ellos viven entre sí, con y para los propios hijos, en la célula eclesial, fundamental e insustituible que es la familia cristiana.

“JUS ECCLESIALE”: UN DERECHO DE COMUNION

4. Si evoco brevemente ante vosotros la riqueza y la profundidad del matrimonio cristiano, lo hago principalmente para subrayar la belleza, la grandeza y la amplitud de vuestra misión, dado que la mayor parte de vuestro trabajo se refiere a causas matrimoniales. Vuestro trabajo es judicial, pero vuestra misión es evangélica, eclesial y sacerdotal, sin dejar de ser al mismo tiempo humanitaria y social.

Aunque la validez de un matrimonio suponga algunos elementos esenciales que, bajo el punto de vista jurídico, deben manifestarse claramente y han de ser aplicados técnicamente; sin embargo, es necesario considerar tales elementos en su pleno significado humano y eclesial. Subrayando este aspecto teológico en la elaboración de las sentencias, ofreceréis la visión del matrimonio cristiano, querido por Dios, como imagen divina y como modelo y perfección de toda unión conyugal humana. Esto vale para todas las culturas. La doctrina de la Iglesia no se limita a su expresión canónica que —como quiere el Concilio Vaticano II— debe ser vista y entendida en la amplitud del misterio de la Iglesia (*Optatam totius*, 16). Esta norma conciliar subraya la importancia del derecho eclesial —*Jus ecclesiale*— e ilumina oportunamente la naturaleza de un derecho de comunión, de un derecho de caridad y de un derecho del Espíritu Santo.

LA APLICACION DEL NUEVO CODIGO DE DERECHO CANONICO

5. Vuestras sentencias, iluminadas por este misterio de amor divino y humano, adquieren gran importancia, participando —de modo vicario— en el ministerio de Pedro. En efecto, en su

nombre vosotros interrogáis, juzgáis y sentenciáis. No se trata de una simple delegación, sino de una participación más profunda en su misión.

Indudablemente que la aplicación del nuevo Código puede correr el riesgo de interpretaciones innovadoras, imprecisas o incoherentes, especialmente en el caso de perturbaciones síquicas que invalidan el consentimiento matrimonial (canon 1.095), o en el caso del impedimento de dolo (canon 1.098), o del error que condicione la voluntad (canon 1.099), o también en la interpretación de algunas nuevas normas de procedimiento.

Este riesgo debe ser afrontado y superado con serenidad mediante un estudio profundo, ya sea del alcance real de la norma canónica, ya sea de todas las circunstancias concretas que configuran el caso, manteniendo siempre viva la conciencia de servir únicamente a Dios, a la Iglesia y a las almas, sin ceder ante una mentalidad superficial y permisiva que no tiene en la debida consideración las inderogables exigencias del matrimonio-sacramento.

LA DURACION DE LOS PROCESOS

6. Quisiera decir también una palabra sobre la conveniencia de que el examen de las causas no se prolongue demasiado. Sé muy bien que la duración del proceso no depende solamente de los jueces que deben decidir; existen otros muchos motivos que pueden causar retrasos. Sin embargo vosotros, a quienes se os ha confiado el deber de administrar la justicia para llevar así la paz interior a tantos fieles, debéis empeñarlos al máximo para que el íter se desarrolle con la diligencia que exige el bien de las almas y que prescribe el nuevo Código de Derecho Canónico, cuando afirma: "En el tri-

bunal de primera instancia, no duren más de un año; y seis meses en el de segunda instancia" (canon 1.453).

Que ningún fiel pueda sufrir la excesiva duración del proceso, su renuncia a proponer una causa, o a desistir de la misma, o a elegir soluciones en abierta oposición a la doctrina católica.

7. Antes de concluir, exhortaros a que veáis vuestro eclesial dentro del contexto de la actividad de los otros miembros de la Curia Romana, con referencia a los que se ocupan de materias que tienen relación con la actividad judicial en general y especial con el tema del matrimonio.

TRABAJO EN EL CONTEXTO GENERAL DE LA CURIA ROMANA

Además, se debe valorar el input de la Rota Romana sobre la actividad de los tribunales eclesiales regionales y diocesanos. La jurisdicción rotal ha sido siempre y continúa siendo especialmente para ellos un punto seguro de referencia.

El "estudio rotal" os ofrece la posibilidad de poner vuestra doctrina, vuestra experiencia judicial a disposición de los que se preparan a ser jueces o abogados y de cuantos quieren profundizar en el conocimiento del derecho de la Iglesia. Gracias a ello vosotros contribuís al florecimiento del interés por el estudio del Código de Derecho Canónico y ofrecéis el motivo para una mayor profundización de esta materia en las facultades de Derecho Canónico.

De todo corazón, por lo tanto, expreso mi sincero aprecio por vuestro trabajo serio y constante, y bendigo vuestro tesón y vuestro ministerio. Dios que es amor siga siendo vuestra luz, vuestra fuerza y vuestra paz.

ALGUNAS DIRECTRICES PARA LA APLICACION DEL CONCILIO EN LAS IGLESIAS PARTICULARES

DISCURSO A LA ASAMBLEA EXTRAORDINARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA

Señores cardenales y venerados hermanos de la Conferencia Episcopal Italiana:

EL PROBLEMA DE LA PAZ

1. Brindo a todos mi cordial saludo: "La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo sea con vosotros" (Filp 1, 2). Estoy contento por la oportunidad que vuestra asamblea extraordinaria me ofrece de reunirme y vivir un significativo momento de comunión con vosotros, Pastores de esta amada tierra de Italia, a quienes va mi afectuoso aprecio por el celo generoso con el que os consumís cada día en el cuidado de la grey a vosotros confiada.

Agradezco al señor cardenal Ugo Poletti las palabras con las cuales ha interpretado los sentimientos de todos vosotros, y le renuevo, en esta ocasión oficial, la expresión de mi reconocimiento por la pronta disponibilidad con que ha aceptado asumir las nuevas y graves tareas conexas a la función de la Presidencia. Deseo, además, dirigir un saludo particular al señor cardenal Anastasio Ballestrero, que durante largos años ha guiado vuestra Conferencia, dando siempre prueba de gran equilibrio pastoral y de vivo sentido del deber.

He seguido con interés cuanto ha dicho el cardenal Presidente, en su introducción, acerca del Año Internacional de la Paz y sobre la preparación para la próxima Jornada mundial de la Juventud. Aprecio las oportunas indicaciones ofrecidas al respecto y, en particular, las reflexiones sobre la paz, que debe ser, como se ha dicho justamente, no "ruido", sino verdadera paz, en el respeto, por tanto de los derechos de los pueblos, incluida la debida defensa de su independencia y libertad.

LA ENSEÑANZA DE LA RELIGION CATOLICA EN LAS ESCUELAS ESTATALES

2. El fin por el cual estáis reunidos es el de examinar, en el contexto de las seculares tradiciones religiosas y civiles del pueblo italiano, a la luz de los acuerdos mediados entre la Santa Sede e Italia, y del acuerdo entre la Conferencia Episcopal Italiana y el Ministerio de la Pública Instrucción, el problema de la enseñanza de la religión en las escuelas estatales y el de la nueva organización administrativa para el congruo y digno sustento del clero. Estoy cercano, con fraternal sentido de participación, a vuestras preocupaciones, e invoco sobre vuestros trabajos la intercesión especial de la Virgen María, a cuyo nombre está dedicada esta casa que da hospedaje a vuestras reuniones.

Puedo imaginar bien cuál es la preocupación que os guía al afrontar el tema de la enseñanza de la religión católica en las escuelas estatales. Deseáis que a las nuevas generaciones no se les obstaculice la posibilidad de acercarse, incluso en tales se-

des cualificadas, con serenidad y libertad, al mensaje de Cristo, muy presente en la vida y en la historia de Italia. Para ello pretendéis estudiar las vías concretas en orden a llevar a cabo los nuevos Acuerdos bilaterales, cuya finalidad es tanto la de ofrecer a todos los muchachos y jóvenes la posibilidad de un encuentro con los valores culturales y educativos en los cuales es muy rica la fe cristiana, cuanto la de tutelar el derecho de los padres católicos de transmitir a sus hijos los valores en que creen, sirviéndose de las estructuras educativas y puestas a disposición por el Estado. Se trata de un derecho "originario, primario e inalienable" (*Carta de los Derechos de la Familia*, art. 5), que resultaría violado en medida notable si faltase, en el contexto del itinerario formativo, la enseñanza de la religión y, con ello, el conocimiento de las respuestas que la fe da a las preguntas de fondo que el hombre, especialmente en la juventud, inevitablemente se plantea.

Deberes graves y comprometedores incumben, por tanto, a vuestra actividad pastoral y a la de los profesores de religión que destinéis a la escuela. Para cumplirlos hará falta sobre todo una sana cooperación en el seno de cada comunidad escolar. La lealtad, la claridad, el respeto, deberán caracterizar el comportamiento y el estilo del profesor de religión. En efecto, él se halla como en el centro de un interrogante constante de los jóvenes, pero también de un diálogo amigable y constructivo, tanto con ellos como con los colegas en la enseñanza.

Será necesario, además, el apoyo por parte de las familias y de toda la comunidad eclesial: si los católicos saben actuar unidos, rodeando de estima y confianza la enseñanza de la religión, porque están convencidos de los serios motivos que justifican su exposición en el contexto de las materias de escuela, un benéfico influjo derivará de ello a las nuevas generaciones, un influjo ventajoso totalmente para la misma convivencia civil.

Será, en fin, necesaria una valiente actualización de los instrumentos que sirven para la preparación de los profesores, haciendo sí que aquellos a los cuales es confiada una tarea tan delicada, posean un conocimiento serio y profundo de la Palabra de Dios, y vivan en fiel adhesión al sentido de la fe vivido en la Iglesia, y en constante y dócil adhesión a la enseñanza del Magisterio.

Confío que las decisiones que tomaréis en el curso de vuestra asamblea, venerados hermanos, contribuirán eficazmente al logro de tales objetivos.

EL SOSTENIMIENTO DEL CLERO

3. El segundo problema hacia el cual apunta vuestra preocupación es el *sostenimiento del clero*. Los institutos previstos para tal fin por el Derecho Canónico y por los Acuerdos con el Estado Italiano se proponen realizar una adecuada forma de distribución fraterna y generosa. Toda la familia sacerdotal está invitada a atestiguar, con espíritu profético, la fraternidad evangélica y la caridad, preocupándose de que la abundancia de unos supla a la eventual indigencia de otros (cf. 2 Cor 8, 14; Ex 16, 18).

Hago votos para que en la actuación concreta de esos nuevos organismos todo proceda con armonía, con la más pura transparencia, de modo que se pueda ofrecer un signo ulterior de la concordia que reina entre los componentes del presbiterio. Hago votos, además, para que a cada sacerdote le pueda ser ofrecido por las nuevas estructuras lo necesario, de modo que no tenga que buscar en otras actividades su propio sustento. La dedicación a tiempo completo al ministerio es hoy particularmente urgente, no sólo por la alterada relación numérica entre sacerdotes y comunidad, sino también por las múltiples exigencias pastorales que emer-

gen con urgencia siempre mayor de la configuración actual de la sociedad.

Deseo que las comunidades cristianas sepan ofrecer su responsable solidaridad y su colaboración operante, de forma que permitan a los ministros sagrados aquellas condiciones de libertad espiritual, psicológica y económica que son necesarias para el desarrollo de un sereno y provechoso apostolado.

LAS VISITAS "AD LIMINA APOSTOLORUM"

4. Venerados hermanos: En el curso de este año tendré el gozo de encontraros otra vez con vosotros en ocasión de las visitas "ad Limina", a las que atribuyo una gran importancia. Acto querido por una venerada tradición que confirma la ley de la Iglesia (cf. *Código de Derecho Canónico*, can. 400, par. 1), ellas constituyen una ocasión privilegiada de comunión pastoral: el *diálogo personal* con cada uno me permite participar en las angustias y las esperanzas que se viven en las Iglesias que vosotros guiáis, en actitud de escucha de las sugerencias que vienen del Espíritu. El sucesivo *encuentro colegial* con el Episcopado de la región entera es un momento igualmente significativo por la oportunidad que ofrece de afrontar juntos los problemas pastorales emergentes e identificar las oportunas líneas de acción.

Deseo informaros desde ahora que en esos encuentros es mi intención tocar, además de los eventuales aspectos relevantes de la vida de la Iglesia en las distintas regiones, grandes cuestiones que forman el objeto de la actividad de las variadas comisiones constituidas en el seno de esta Conferencia Episcopal. Un indicio de la gran importancia de estos organismos se ve en el hecho de que existen desde el comienzo mismo de vuestra Conferencia y han acompañado siempre su desarrollo, adecuándose progresivamente a las exigencias pastorales del país. Efectivamente, enseguida apareció claro que no hubiera sido posible conseguir eficazmente las finalidades propias de la Conferencia Episcopal sin el auxilio de estructuras específicas destinadas al estudio de los diversos problemas pastorales, a la propuesta de soluciones ponderadas, a la realización de iniciativas decididas por la asamblea general.

Estas comisiones han surgido propiamente sin un esquema previsto o preordenado; se han ido constituyendo a medida que lo requerían las exigencias concretas. Incluso recientemente se han aportado modificaciones a su composición; parece, sin embargo, que la invitación que procede del reciente Sínodo Extraordinario de los Obispos para un renovado *compromiso en la realización del Concilio* exige particular atención, tanto a la insustituible función que tales comisiones están llamadas a desarrollar, como a su estructuración cada vez más adecuada.

LAS COMISIONES EPISCOPALES

5. Por tanto, no me parece inútil detenerme a subrayar en este encuentro el importante papel que tales comisiones deben desempeñar para el buen funcionamiento de toda la Conferencia Episcopal, con vistas a la promoción de la acción pastoral en el país.

Las comisiones están al servicio de los obispos diocesanos, que deben afrontar problemas pastorales cuyas dimensiones superan los confines de cada Iglesia local y afectan a menudo a la población de la nación entera. El obispo, por otra parte, absorbido como está por la solicitud del ministerio, no tiene siempre el tiempo necesario para estudiar cada problema y para discernir con suficiente profundidad y documentación las posibles soluciones. Cierto, también él puede y debe constituir,

en el seno de la diócesis, grupos específicos de estudio y organismos apropiados; pero éstos no tienen a su disposición ese aporte de hombres, esa posibilidad de medios, esa amplitud de horizontes de que gozan los organismos operantes en el centro.

Tarea de las comisiones centrales será, por tanto, la de *estudiar a fondo los problemas*, desarrollando un trabajo sistemático, en lo que concierne a los aspectos, tanto doctrinales como pastorales. El campo de trabajo es inmenso; la problemática resulta articulada y compleja. La herencia del Concilio Vaticano II, a la luz, también, de cuanto ha surgido de las reflexiones del reciente Sínodo Extraordinario de los Obispos, propone un riquísimo haz de enseñanzas, de indicaciones y de orientaciones, que esperan ser encarnadas en la vida concreta.

Corresponderá a las comisiones ayudar a los obispos en este compromiso de aplicar a la realidad italiana las grandes intuiciones que el Espíritu ha suscitado en la Iglesia mediante el histórico evento del Concilio.

El Vaticano II ha abierto nuevos caminos a la acción pastoral, estimulando a un compromiso más decidido en determinados sectores, que la evolución de las costumbres sociales ha hecho particularmente neurálgicos. Baste recordar, entre otros, el vasto sector de la *pastoral del matrimonio y de la familia* con sus promotoras perspectivas, pero también con las graves plagas que se manifiestan en él. Añádase luego el sector de la *educación de la juventud* y, en él, el de la *pastoral vocacional*, con los problemas conexos de la formación teológica y espiritual de los aspirantes al sacerdocio. Tampoco puedo olvidar el sector de la *doctrina de la fe y de la catequesis*, que en el actual contexto pluralista y secularizado solicita de los Pastores una asidua atención, con la mirada particularmente atenta a las exigencias propias de los centros universitarios y de cultura superior. Y la lista podría continuar.

Basten, sin embargo, estas rápidas alusiones para poner en evidencia los amplios campos de investigación y de propuesta que se abren al empeño de las comisiones, las cuales desarrollarán una obra tanto más incisiva cuanto mayor sea la competencia y la dedicación de los miembros llamados a formar parte de ellas. En la realización de esta tarea hay que mantener un vínculo constante con los organismos específicos de la Santa Sede, a fin de asegurar la plena armonía de las iniciativas decididas a nivel nacional con las orientaciones pastorales de la Iglesia católica en su conjunto.

LA TAREA DE EVANGELIZAR

6. Venerados hermanos en el Episcopado: Las múltiples dificultades de la hora presente pueden suscitar en vuestro ánimo un comprensible sentido de preocupación y quizá incluso de amargura. "No se turbe vuestro corazón" (Jn 14, 1). Es necesario tener confianza. "El corazón humano —como tuve ya ocasión de decir— puede turbarse de diversos modos: puede turbarse con el temor que paraliza las fuerzas interiores; pero también se puede turbar con ese temor que proviene de la solicitud por el gran bien, por la gran causa, el temor creativo, diría, que se manifiesta como sentido profundo de responsabilidad" (*Enseñanzas de Juan Pablo II al Pueblo de Dios*, 3, 1979, pág. 154). La tarea que nos espera es realmente tan grande, que puede generar un sentimiento responsable de temor. Pero sabemos que llevamos adelante una causa de gran importancia para el bien del Pueblo de Dios, una causa justa. Somos conscientes de servir a este pueblo, de amarlo, de desear su

verdadero bien. Tenemos, por ello, confianza en Cristo; confiamos en su protección y en la intercesión de la Virgen María. Confiamos, además, en la constante y ferviente tradición de fe de nuestras poblaciones italianas, en su sabiduría, en la sabiduría de su cultura cristiana.

Os sirva de consuelo, queridos cohermanos, la bendición apostólica que, como auspicio de la protección divina, imparto cordialmente a vosotros, a vuestros sacerdotes, a los laicos comprometidos con vosotros en las tareas pastorales, y a todos los fieles de vuestras Iglesias particulares.

COMPRENDER CADA VEZ MEJOR EL DESIGNIO SALVIFICO DE DIOS SOBRE EL HOMBRE

DISCURSO AL CONGRESO INTERNACIONAL DE TEOLOGIA MORAL

ORIENTACIONES DEL CONCILIO VATICANO II

Ilustres docentes de teología moral:

1. Estoy contento de acogerlos en este encuentro que se desarrolla con ocasión del Congreso internacional oportunamente promovido por el Pontificio Instituto para estudios sobre el Matrimonio y la Familia y por el Centro académico romano de la Santa Cruz. Al dirigiros mi saludo deferente y cordial, deseo dar las gracias a mons. Carlo Caffarra y a mons. Alvaro del Portillo y con ellos, a cuantos han colaborado en la realización del Congreso. La confrontación de ideas y el intercambio de opiniones, que hacen posibles encuentros como éste, sirven para estimular la reflexión y para favorecer la profundización de los grandes temas morales, sobre los cuales vosotros trabajáis diariamente con el intento de comprender cada vez mejor el designio salvífico de Dios sobre el hombre.

Como bien sabéis, el Concilio Va-

ticano II ha pedido a los estudiosos de ética un compromiso particularmente grave y urgente: "Téngase especial cuidado en perfeccionar la teología moral, cuya exposición científica, nutrida con mayor intensidad por la doctrina de la Sagrada Escritura, deberá mostrar la excelencia de la vocación de los fieles en Cristo y su obligación de producir frutos en la caridad para la vida del mundo" (*Optata totius*, 16).

Esta invitación no ha perdido —veinte años después de la conclusión del Concilio— su actualidad. Efectivamente, la verdad de la que la Iglesia debe dar testimonio no ha de ser sólo "fide credenda", sino también "moribus applicanda" (cf. *Lumen gentium*, 25). Es cierto que debe convertirse en norma de las decisiones del fiel: "No todo el que dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi padre, que está en los cielos" (Mt 7, 21). Para la comprensión de esta relación verdad-libertad, la refle-

xión ética es insustituible.

Es más, precisamente aquello que se propone dicha reflexión es mostrar cómo solamente la libertad que se somete a la Verdad conduce a la persona humana a su verdadero bien. El bien de la persona consiste en *estar en la Verdad y en realizar la Verdad*.

NECESIDAD DE UNA RIGUROSA REFLEXION ETICA SOBRE VERDAD-BIEN- LIBERTAD

2. La cultura contemporánea ha perdido en gran parte este vínculo esencial entre Verdad-Bien-Libertad y, por tanto, volver a conducir al hombre a redescubrirlo es hoy una de las exigencias propias de la misión de la Iglesia, por la salvación del mundo. La pregunta de Pilato: "¿Qué es la verdad?", emerge también hoy desde la triste perplejidad de un hombre que a menudo ya no sabe *quién es, de donde viene ni adónde va*. Y así asistimos no pocas veces al pavoroso precipitarse de la persona humana en situaciones de autodestrucción progresiva. De prestar oído a ciertas voces, parece que no se debiera ya reconocer el carácter absoluto indestructible de ningún valor moral. Están ante los ojos de todos el desprecio de la vida humana ya concebida y aún no nacida; la violación permanente de derechos fundamentales de la persona; la incruenta destrucción de bienes necesarios para una vida meramente humana.

Peor aún, ha sucedido algo más grave: el hombre ya no está convencido de que sólo en la verdad puede encontrar la salvación. La fuerza salvífica de lo verdadero es contestada y se confía sólo a la libertad, desarraigada de toda objetividad, la tarea de decidir autónomamente lo que es bueno y lo que es malo. Este relati-

vismo se convierte, en el campo teológico, en desconfianza en la sabiduría de Dios, que guía al hombre con la ley moral. A lo que la ley moral prescribe se contraponen las situaciones concretas, no considerando ya, en definitiva, que la ley de Dios es siempre el único verdadero bien del hombre.

Es necesario, en consecuencia, que en la Iglesia se reconstruya una rigurosa reflexión ética.

EN LA LINEA DE LA TRADICION DE LA IGLESIA

3. Esta es una tarea que se podrá realizar sólo con determinadas condiciones, algunas de las cuales merecen ser recordadas brevemente.

En primer lugar, es necesario que la reflexión ética muestre que el bien-mal moral posee una específica originalidad propia respecto a los otros bienes-males humanos. Reducir la cualidad moral de nuestras acciones, relativas a las creaturas, al intento de mejorar la realidad, en sus contenidos no éticos equivale, a la postre, a destruir el mismo concepto de moralidad. La primera consecuencia, en efecto, de esta reducción es la negación de que, en el ámbito de aquellas actividades, existan actos que sean siempre y en cualquier caso buenos y por sí mismos ilícitos. Ya he llamado la atención sobre este punto en la Exhortación Apostólica *Reconciliatio et poenitentia* (cf. n. 17). Toda la tradición de la Iglesia ha vivido y vive basándose en la convicción contraria a esta negación. Pero también la razón humana misma, sin la luz de la Revelación, puede ver el error grave de esta tesis.

Ella es el resultado de presupuestos profundos y graves, que afectan al corazón mismo no sólo del cristianismo, sino incluso de la religión como tal. El que exista, en efecto, un

bien-mal moral no reductible a los otros bienes-males humanos es la consecuencia necesaria e inmediata de la *verdad de la creación*, en la que se basa en último término la *dignidad propia* de la persona humana.

NORMAS MORALES

4. Llamado, por ser persona, a la comunión inmediata con Dios: destinatario, por ser persona, de una Providencia del todo singular, el hombre lleva escrita en su corazón una ley (cf. *Rom 2, 15* y *Dignitatis humanae*, 3) que no se le da él mismo, sino que expresa las inmutables exigencias de su *ser personal* creado por Dios, cuyo fin es Dios y dotado en sí de una dignidad infinitamente superior a la de las cosas. Esta ley no está constituida solamente por orientaciones generales, cuya precisión en su respectivo contenido estuviera condicionada por las variadas y mutables situaciones históricas. Existen normas morales que tienen su preciso contenido inmutable e incondicionado. Sobre algunas de ellas estáis desarrollando vosotros una rigurosa reflexión precisamente en este Congreso: la norma que prohíbe la contracepción o la que veda el asesinato directo de la persona inocente, por ejemplo. Negar que existan normas que tengan un valor como éste sólo puede hacerlo alguien que niegue que exista una *verdad* sobre la persona, una naturaleza inmutable del hombre, fundada en último término sobre esa Sabiduría creadora que da la medida a toda realidad. Por tanto, es necesario que la reflexión ética se fundamente y arraigue cada vez más profundamente sobre una verdadera antropología y ésta, en último término, sobre esa metafísica de la creación que está en el centro de todo pensar cristiano. La crisis de la ética es el "test" más evidente de la crisis de la antropo-

logía, crisis debida a su vez al rechazo de un pensar verdaderamente metafísico. Separar estos tres momentos —el ético, el antropológico, el metafísico— es un gravísimo error. Y la historia de la cultura contemporánea lo ha demostrado trágicamente.

OBEDIENCIA AL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

5. Así, pues, la reflexión ética racional se completa encontrando su perfeccionamiento en la reflexión ética teológica. La Sabiduría creadora que da la medida a toda realidad, en cuya Verdad toda criatura es verdadera, tiene un nombre: es el Verbo encarnado, el Señor Jesús muerto y resucitado. En El y con vistas a El, el hombre es creado, ya que el Padre —en su libérrimo proyecto— ha querido que el hombre participase en el Hijo unigénito de la misma vida Trinitaria. Y, por tanto, sólo la ética teológica puede dar la respuesta *totalmente verdadera* a la cuestión moral del hombre.

De ello deriva una competencia verdadera y propia del Magisterio de la Iglesia en el ámbito de las normas morales. Su intervención en este campo no puede ser equiparada a una opinión más, aunque dotada de una particular autoridad. Goza del "charisma veritatis certum" (cf. *Dei Verbum*, 8); por tanto, el teólogo católico debe obediencia al Magisterio.

La competencia que vosotros poseéis me dispensa de dar ulteriores precisiones al respecto. Apelar a una "fe de la Iglesia" para oponerse al Magisterio moral de la Iglesia equivale a negar el concepto católico de Revelación. No sólo esto, sino que se puede llegar incluso a violar el derecho fundamental de los fieles a tener, por parte de quien enseña teología con misión canónica, la doctrina de la Iglesia y no las opiniones de escuelas teológicas.

EL HOMBRE Y LA LEY MORAL

6. El estudioso de ética tiene una grave responsabilidad, hoy, tanto en la Iglesia como en la sociedad civil.

Los problemas que afronta son los más serios para el hombre: los problemas de cuya solución depende no sólo la salvación eterna, sino a menudo, también su futuro sobre la tierra. La Palabra de Dios usa al respecto palabras que debemos meditar continuamente. El amor hacia el que yerra no debe nunca comportar algún compromiso con el error: el error debe ser desenmascarado y juzgado. El amor que la Iglesia tiene al hombre le obliga a decir al hombre cómo y cuándo su verdad es negada, su bien no reconocido, su dignidad violada, su valor no apreciado adecuadamente.

Al hacer esto, la Iglesia no manifiesta simplemente "ideales": enseña más bien *quién es* el hombre, creado por Dios en Cristo, y cuál es, por ello, su verdadero bien. La ley moral no es algo extrínseco a la persona: es la misma persona humana en cuanto llamada *en y por* el mismo acto creador a ser y realizarse libremente en Cristo.

Con humildad, pero con firmeza, debéis dar hoy testimonio de esta verdad. Una enseñanza ética teológica no consciente de ello se ha difundido en estos años, esparciendo confusión

en la conciencia de los fieles, incluso en cuestiones morales fundamentales. Hace falta volver a encontrar concordia en la claridad y claridad en la concordia. Los problemas que hoy la reflexión ética debe afrontar son difíciles, también por razón de su novedad. La solución verdadera sólo se podrá encontrar en un arraigo cada vez más profundo de la reflexión en la Tradición viviente de la Iglesia: esa Tradición en la que vive Cristo mismo, Verdad que nos hace libres.

La Iglesia, su Magisterio, tienen, especialmente hoy, necesidad de vosotros, estudiosos de ética. Tiene necesidad el hombre. El debe ser auxiliado también por vuestra reflexión para redescubrir su Verdad, aquella Verdad que está en él: a volver en sí para trascenderse en Dios.

Mientras expreso el deseo de que cada uno de vosotros pueda brindar un aporte válido a la satisfacción de esta necesidad fundamental del hombre contemporáneo, quisiera dirigir una palabra de saludo a los estudiantes que han participado en este Congreso. Me place que seáis numerosos: el interés que habéis manifestado por los importantes temas discutidos en el Congreso, es un signo confortador.

A todos, con afecto, imparto mi bendición.

LA FAMILIA Y SUS DERECHOS EN LA COMUNIDAD CIVIL Y RELIGIOSA

DISCURSO A LOS PARTICIPANTES EN EL VI COLOQUIO JURIDICO ORGANIZADO POR LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD LATERANENSE DE ROMA

Queridos hermanos:

PROBLEMAS DE ACTUALIDAD

1. Me alegra saludaros a todos vosotros, que habéis venido a Roma con motivo del VI Coloquio jurídico, organizado por el Pontificio Instituto "Utriusque Iuris" de la Universidad Lateranense en colaboración con el Pontificio Instituto para los estudios sobre el Matrimonio y la Familia.

Al dirigir un saludo especial al rector, monseñor Pietro Rossano, y a monseñor Carlo Caffarra, os doy la bienvenida a cada uno de vosotros y os expreso mi complacencia por esta iniciativa cultural, que tiene por tema "La familia y sus derechos en la comunidad civil y religiosa". Se trata de un tema de gran importancia, que está en sintonía con cuanto tuve ocasión de afirmar en febrero de 1980, durante mi visita a la Universidad Lateranense. En aquella circunstancia, tras haber delineado la función de este centro particular de estudios jurídicos, subrayé que al menos tres eran los ámbitos en los que aquél podría aportar su relevante contribución. Entre ellos señalé la profundización de aquellos derechos que, precisamente por ser eludidos en la sociedad contemporánea, deben constituir objeto de una atención particular por parte de la Iglesia.

LA LIBERTAD DE LA PERSONA HUMANA Y LAS INSTITUCIONES NATURALES ENRAIZADAS EN ELLA

2. Las relaciones de justicia, que están en la base de la convivencia social, cuando responden adecuadamente a la naturaleza del hombre, no coartan ni restringen la libertad de la persona humana, sino que más bien la ayudan y la protegen en el ejercicio de sus opciones connaturales. El matrimonio y la familia, a los que os esforzáis en servir con vuestra ciencia jurídica, son instituciones naturales, enraizadas en el ser mismo de la persona, de cuyo bien específico se beneficia la sociedad entera.

En efecto, como recuerda la Constitución pastoral *Gaudium et spes* del Vaticano II: "Dios no creó al hombre solo. Desde el principio lo creó hombre y mujer (Gén 1, 27). Esta sociedad de hombre y mujer es la expresión primera de la comunión de personas humanas. El hombre es, en efecto, por su íntima naturaleza, un ser social, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relaciones con los demás" (n. 12).

La familia y el matrimonio, que es su fundamento, son instituciones a las cuales toda la comunidad civil y religiosa debe servir. Si se comprende que "esta so-

ciudad del hombre y la mujer es la expresión primera de la comunión de personas humanas", se percibe plenamente que cualquier iniciativa al servicio de la comunidad matrimonial y familiar da vigor y beneficia a las diversas formas de convivencia y, en definitiva, a la entera sociedad humana.

Sin embargo, se descubre que también esta "primera sociedad" tiene sus exigencias naturales y no puede ser manipulada por ideologías o por concepciones parciales de la sociedad. Introducir en la regulación de las instituciones sociales normas o leyes que pueden violar las exigencias que les son propias, además de crear dificultades y situar en un orden no exacto lo que, por el contrario, es útil a la familia, empobrece y priva a toda la sociedad de aquellos valores morales que contribuyen eficazmente al bien común, minando la base de la convivencia. De hecho, nada que perjudique directamente a la familia puede ser beneficioso para la sociedad.

LA VISION CRISTIANA DEL MATRIMONIO

3. Es importante que las autoridades públicas y cuantos, con su trabajo cívico, se ocupan de lo que se adecua a las auténticas exigencias del hombre y de la sociedad, perciban lo que significa una verdadera colaboración entre la legislación civil y religiosa relativa a los derechos de la familia. "Al buscar su propio fin de salvación —enseña el Concilio Vaticano II—, la Iglesia no sólo comunica la vida divina al hombre, sino que además difunde sobre el universo mundo, en cierto modo, el reflejo de su luz, sobre todo sanando y elevando la dignidad de la persona, consolidando la firmeza de la sociedad y dotando a la actividad diaria de la humanidad de un sentido y de una significación mucho más profundos" (*Gaudium et spes*, 40). Por ello, al defender la visión cristiana del matrimonio y de la familia, la Iglesia construye y refuerza al mismo tiempo la comunidad civil con lazos firmes y estables de orden moral.

La Adhesión de los fieles a la doctrina de la Iglesia sobre el matrimonio y la familia contribuye, en efecto, eficazmente a lograr que entre los componentes de una comunidad reinen aquellas virtudes morales que hacen posible la justicia y, lo que es lo mismo, la fidelidad, el respeto a la persona, el sentido de la responsabilidad, la comprensión mutua, la ayuda recíproca.

DEBERES DE LAS AUTORIDADES QUE RIGEN LA SOCIEDAD

4. Los derechos de la familia no son un tema puramente espiritual y religioso, que, por ello mismo, la sociedad civil puede dejar de lado, como si no fuera cuestión profundamente humana, que la toca íntimamente.

Es cierto que la Iglesia, al promover los valores fundamentales de la familia, responde a los compromisos de su propia misión; pero también sobre las autoridades civiles recae la obligación de promover la salvaguardia de tales derechos, que forman parte de los bienes primordiales del matrimonio.

El destino de la comunidad humana está estrechamente unido a la salud de la institución familiar. Cuando el poder civil desconoce en su legislación el valor específico que la familia rectamente constituida aporta al bien de la sociedad, cuando se comporta como espectador indiferente frente a los valores éticos de la vida sexual y matrimonial, lejos de promover el bien y la permanencia de los valores humanos, favorece con tal comportamiento la disolución de las costumbres. De

igual modo, una actitud permisiva frente a la transmisión de la vida al margen de las leyes naturales de la unión conyugal, incluso en el caso de que pueda resolver algunos problemas inmediatos relativos a una paternidad deseada, contribuye a oscurecer la naturaleza y la dignidad del matrimonio.

5. No es, por último, menos importante recordar los muchos otros aspectos que habéis afrontado estos días de estudio y de reflexión, tales como los derechos específicos de la mujer, del niño, del anciano e incluso los mismos derechos de la familia considerada globalmente, de los cuales he hablado en la Exhortación Apostólica *Familiaris consortio* y que han sido recogidos por la Santa Sede en la "Carta de los Derechos de la Familia".

Aun cuando todos ellos son importantes, considero oportuno subrayar el derecho-deber de los padres a la educación de los hijos.

LA EDUCACION DE LOS HIJOS

Una de sus tareas concretas consiste en formar en la prole una personalidad madura, fruto del patrimonio de los valores fundamentales frente a la vida. "Este deber de la educación familiar —dice el Concilio Vaticano II— es de tanta trascendencia, que, cuando falta, difícilmente puede suplirse. Es, pues, deber de los padres crear un ambiente de familia animado por el amor, por la piedad hacia Dios y hacia los hombres, que favorezca la educación íntegra, personal y social, de los hijos. La familia es, por tanto, la primera escuela de las virtudes sociales que todas las sociedades necesitan" (*Gravissimum educationis*, 3).

LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA Y LA ESCUELA CATOLICA

6. Por su parte, los poderes públicos, reconociendo este derecho-deber de los padres, han de favorecer la verdadera libertad de enseñanza, con el fin de que la escuela, como una ampliación del hogar doméstico, coopere a hacer crecer a los alumnos en aquellos valores fundamentales que son deseados por quienes les han dado la vida. Por desgracia, la libertad de enseñanza queda limitada cuando en la práctica, a causa de las dificultades económicas, las familias no tienen la posibilidad de escoger la orientación formativa que pueda proseguir más adecuadamente su obra educativa. Cuando, por otra parte, la escuela elegida es declaradamente católica, los padres tienen el derecho, y por ello pueden exigir, que la educación impartida en ellas sea conforme con la doctrina del Magisterio de la Iglesia. Lo contrario sería un engaño que lesiona la virtud misma de la justicia.

EN EL MARCO DE LA CIVILIZACION DEL AMOR

7. Queridísimos hermanos: Estas palabras mías quieren ser signo de la atención pastoral que presto a los serios problemas de la familia, así como un testimonio de mi confianza en vuestro trabajo y de mi aliento a proseguirlo con empeño.

Al pedir al Señor que os ilumine siempre en vuestra investigación, para que podáis contribuir con vuestros estudios a la construcción de comunidades familiares serenas y felices, células vivas del Pueblo de Dios y de la civilización del amor, invoco sobre vosotros la intercesión de la Virgen María. Ella os obtenga de su Hijo resucitado luz y consuelo.

Con afecto y estima os imparto mi bendición apostólica.

EL CAMINO DE LA IGLESIA EN NUESTRO TIEMPO

DISCURSO A LOS ECLESIASTICOS Y LAICOS QUE TRABAJAN EN LA CURIA ROMANA, EN LA CIUDAD DEL VATICANO Y EN EL VICARIATO DE LA URBE

EL MINISTERIO DEL SUCESOR DE SAN PEDRO Y SUS COLABORADORES

1. *"Como el Padre me ha amado, así os he amado yo. Permaneced en mi amor"* (Jn 15, 9).

Las palabras del Evangelio que hemos escuchado hace un momento, tomadas del discurso de la última Cena, dan un profundo sentido a este encuentro, la víspera de la solemnidad de los Santos Pedro y Pablo. *Lo hacen converger en el amor*, como en realidad es.

Señores cardenales, hermanos y hermanas muy queridos:

Siempre es una alegría para mí encontrarme con los colaboradores de la Curia Romana, del Vicariato de la diócesis de Roma y con los empleados del "Governo" del Estado de la Ciudad del Vaticano. Tanto más en circunstancia como ésta: ocasión de oración, ante el sepulcro de Pedro, en el lugar de su martirio y de la irradiación universal de su ministerio; siento junto a nosotros a los que también, aunque lejos, representan y prolongan en el mundo el ministerio petrino: los Nuncios y los Delegados Apostólicos, así como todo el personal de las Representaciones Pontificias, esparcidas por el mundo. A todos vosotros mi agradecimiento, profundo y sincero, por la colaboración que prestáis a la Iglesia y a la Sede Apostólica, y que realizáis con competencia, con empeño, con generosidad, con humildad; sé bien que vuestro servicio se refiere no raras veces, y para no pocos de entre vosotros, a cuestiones importantes para la Iglesia y para la Sede Apostólica: eso supone por tanto una vasta preparación doctrinal y una diuturna experiencia, unidas a dotes de prudencia y de equilibrio, es decir, un conjunto de cualidades no comunes, que se ponen a disposición de la Iglesia en el silencio y en lo oculto. Pero el Señor ve y sabrá recompensar.

Me agrada repetir a todos que rezo al Señor por vosotros y por vuestras queridas familias, encomendándole todas vuestras intenciones, de modo particular esas penas íntimas que a veces acompañan vuestra vida. Y puesto que nos encontramos ya cerca del período tradicional de vacaciones, *os deseo también a todos vosotros un sano descanso*, para gozarlo merecidamente con vuestros seres queridos.

Todos tenéis el privilegio y la vocación de colaborar en esta misión universal del ministerio petrino: con diverso título y responsabilidad, pero todos unidos en el mismo ideal de servicio de y a la Iglesia; servicio ante todo en una visión de fe, que nos orienta, como ha recordado San Pablo en la primera lectura, únicamente hacia Dios-Trinidad: "Hay diversidad de carismas, pero uno sólo es el Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero uno solo es el Señor; hay diversidad de operaciones, pero uno solo es Dios, que obra todo en todos" (1 Cor 12, 4 ss). Pero especialmente servicio en una luz de amor, donde la complementariedad de

vuestras actividades encuentra el denominador común: el amor de Cristo "Redentor del hombre", que es revelación del Padre, "rico en misericordia", en el Espíritu, "que es Señor y Dador de vida", y el amor entre nosotros, sus hermanos.

"Como el Padre me amó, yo también os he amado. Permaneced en mi amor... esto os mando: que os améis unos a otros" (Jn 15, 9. 17).

En ese sentido el encuentro de hoy ofrece la ocasión para reavivar siempre de nuevo el amor fraterno, bajo esa luz del amor, como respuesta a Cristo, que se manifiesta mediante la participación en el servicio de la Sede Apostólica, hecho "para el bien de los hermanos".

Si el ministerio petrino de "apacentar la grey del Señor" es, según la conocida expresión agustianiana, "amoris officium" —"deber de amor"— (In Io. 123, 5), el ser llamados, como lo es cada uno de vosotros, a prestar la propia colaboración para que este ministerio pueda llegar a todos los hombres según las crecientes exigencias del momento presente, resulta también, pues, un deber de amor.

Por tanto os saludo, amadísimos, en la consciente realidad de este amor, que suscita ecos profundos en nuestro corazón. Y doy gracias al cardenal Agnello Rossi que se ha hecho intérprete de vuestros sentimientos.

DEL CONCILIO VATICANO II AL SINODO EXTRAORDINARIO DE LOS OBISPOS: 20 AÑOS DE HISTORIA ECLESIAL

2. El encuentro que se realiza con ocasión de la solemnidad de los Santos Pedro y Pablo me ofrece cada año la oportunidad de echar una mirada sobre la actividad, vista en su conjunto, o bien en algunos sectores particulares, que la Santa Sede desarrolla dentro de la Iglesia. Este año mi atención y la vuestra no puede dejar de dirigirse al acontecimiento que ha polarizado la atención de toda la comunidad eclesial en el XX aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II: la celebración de la II Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos el pasado otoño.

Está bien que reflexionemos juntos sobre el significado que el acontecimiento ha asumido de cara al camino que la Iglesia ha de seguir en el "kairós" que para ella significó el Vaticano II, en las dos vertientes que Pablo VI indicaba ya en su primera Encíclica, la *Ecclesiam suam*: por una parte es "ésta la hora en la que la Iglesia debe profundizar la conciencia de sí misma, debe meditar en el misterio que le es propio, debe explorar... la doctrina... sobre el propio origen, la propia naturaleza, la propia misión, la propia suerte final" (AAS 56, 1964, pág. 611); por otra, continuaba mi predecesor, "la Iglesia debe dialogar con el mundo en el que vive. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio" (ib., pág. 639).

He aquí las dos direcciones de este camino de la Iglesia: al mismo tiempo "ad intra" y "ad extra", ya que esas dimensiones son complementarias, están, por así decirlo, orgánicamente unidas.

Pues bien, el Concilio Vaticano II correspondió a estas esperanzas. Con admirable unión de corazones, de entendimientos y de voluntades, la Iglesia se sintió íntimamente unida, como en sus orígenes apostólicos, en la comprensión del camino a recorrer para ser fiel a Cristo en nuestro tiempo, como siempre fue en el pasado; y se sintió inmersa en el amor de Cristo.

"Como el Padre me amó, así os he amado yo. Permaneced en mi amor... Esto os mando: que os améis unos a otros".

Hace veinte años, en torno a la misma Confesión de Pedro, donde hoy nos encontramos, trabajaban los padres del Vaticano II. Fue ésa una expresión parti-